

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

ESCUELA DE POSGRADO



**Los desplazamientos de la(s) masculinidad(es) en *Duque de José
Diez – Canseco* (1934)**

**TESIS PARA OPTAR EL GRADO ACADÉMICO DE MAGÍSTER EN
LITERATURA HISPANOAMERICANA**

AUTORA

Claudia Johana Diones Matute

ASESORA

Rocío Yolanda Angelica Silva Santisteban Manrique

Mayo, 2019

A Aurelio Matute, mi abuelo

AGRADECIMIENTOS

Todo proceso que implica una labor de investigación es siempre una tarea que requiere firmeza, determinación, paciencia y amor. Se asume, casi siempre que es una actividad solitaria, sin embargo, no creo que sea así. Para lograr un resultado satisfactorio, uno construye una especie de comunidad de apoyo alrededor suyo, la cual brinda soporte en varios aspectos: académico, logístico y emocional. Esta comunidad, en mi caso, está conformada por muchas personas que, quizá, no lo saben (o no se los he dicho), pero me han facilitado de mil maneras el ya complicado proceso de escritura de una tesis.

En primer lugar, agradezco a Nora y Arnaldo, mis padres, quienes apoyaron, no una, sino dos veces mi elección de estudiar Literatura no sin cierta preocupación por mi futuro. A ellos, todo mi amor y gratitud. A Martín, mi hermano, le agradezco (aunque él no lo sabe) que se haya ocupado de innumerables asuntos por mí mientras yo me encontraba inspirada (o, muchas veces, entrampada) en este proceso. No puedo no agradecer a Dante, cuya presencia era suficiente para obtener la calma e impulso necesarios para seguir con mi tarea.

En segundo lugar, la elaboración de esta tesis ha sido posible gracias a las recomendaciones certeras y siempre pertinentes de Rocío Silva Santisteban, mi asesora. Ella, con paciencia, (sobre

todo en la última recta), buen ánimo, y un conocimiento y manejo admirable del tema de la tesis ha sabido orientarme en este proceso.

En tercer lugar, quiero agradecer a mis profesores y compañeros de la maestría. El intercambio de ideas constante que tuvo lugar en las aulas siempre fue enriquecedor y redundó significativamente en la culminación satisfactoria de este trabajo

Finalmente, estoy segura que este camino no hubiera sido el mismo sin el cariño, los regaños, los momentos de calma, los buenos deseos y las llamadas de atención de Teresa Gallardo, Carina Bangelista, Jorge Zagal, Ronald Gonzales, Diana Gonzales, Alexander Hinojosa, Jorge Montalván, Roger Grovas y Jefferson de los Ríos.

RESUMEN

En esta tesis, se propone una lectura de *Duque*, novela del peruano José Diez - Canseco, publicada en 1934, desde las masculinidades, sobre todo a partir de la propuesta de R. W. Connell. Se realiza un análisis de Teddy Crownchield Soto Menor, el protagonista, y el modo cómo el capital masculino se inserta en su cuerpo, y cómo este se configura y reconfigura a través de distintos procesos. El resultado de esto, a causa de estrategias como la feminización de su cuerpo, la vulneración del mandato de la heterosexualidad obligatoria, y la ruptura de la separación protectora de lo público y lo privado resulta en la expulsión del protagonista de la masculinidad hegemónica de la alta burguesía limeña de la década de 1930 y su identificación como lo abyecto (lo cual lo obliga, finalmente, a dejar Lima para volver a Europa). En el primer capítulo, se elaborará un repaso de la novela y de estudios previos que, sobre ella, se han realizado. En el segundo, se compendiará los conceptos y categorías más importantes que se utilizarán para el análisis de la novela y, en el último y tercer capítulo, se analizará de qué manera lo femenino opera como una frontera de la masculinidad hegemónica, lo que trae como consecuencia la identificación del protagonista de *Duque* como un sujeto abyecto y lo instala fuera de la dicha masculinidad hegemónica para repudio de sus pares en el universo de la novela.

Introducción.....	6
CAPÍTULO 1.....	13
Conceptos generales	13
Del sexo al género	13
Las masculinidades	20
Masculinidad hegemónica.....	23
La heterosexualidad obligatoria	25
Abyección.....	30
Performatividad	32
CAPÍTULO 2.....	35
<i>Duque</i> y sus aproximaciones.....	35
Sobre la novela	35
Aproximaciones previas a <i>Duque</i>	40
CAPÍTULO 3.....	52
Teddy y los desplazamientos de las masculinidades	52
De la feminización a la abyección	52
La abyección y el retorno a la masculinidad.....	68
CONCLUSIONES	77
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	81

1. **Introducción:**

El objetivo de esta tesis es proponer una lectura de *Duque* desde un enfoque de género que implique el análisis de los procesos de construcción y representación de subjetividades y roles de género desde una perspectiva que prepondere el carácter cultural de estos, lo que, a su vez, permite deconstruir estereotipos binarios y heteronormativos que legitiman la subordinación a partir de la diferencia sexual. Esta novela ha sido estudiada desde diferentes perspectivas (narratológicas, sociológicas enfocadas en las clases sociales y lo urbano, entre otras), sin embargo, la figura de su protagonista como sujeto homoerótico, su feminización, abyección y la crisis de su masculinidad (hegemónica) no es un tópico de la novela que haya sido analizado ampliamente y – justamente - ese es el propósito medular de este trabajo.

Teddy es representado, desde el inicio de la diégesis, como alguien que reúne todas las cualidades para ser signado como un sujeto homoerótico, un sujeto que desea o se convierte en objeto de deseo de personas de su mismo sexo. Conforme avanza la lectura, puede diferenciarse a Teddy por sus modales elegantes, sus formas delicadas y su gusto selecto. Estas cualidades son frecuentemente observadas y elogiadas por sus amistades o su círculo social más cercano; sin embargo, dichas características serán las únicas que van a identificar al protagonista a lo largo de la novela y las que lo acercarán, indefectiblemente, al ámbito del homoerotismo. Las maneras finas y delicadas de Teddy e, incluso, sus pertenencias van a ser reconocidas como propiamente femeninas. Sobre esto, podemos encontrar suficientes referencias en la novela:

No sé qué era más femenino: si el dormitorio - boudoir de Teddy o el dormitorio - boudoir de Doña Carmen. En ambos había exceso de encajes, vasos de noche de plata, lamparillas eléctricas de color rosa en las mesas de noche, almohadones, veladores de toilette llenos de escobillas, polvos, cremas, leche Innoxa, Tabac Blond, Cuir de Russie, anillos, pulseras, relojes con Cupidos, manicure. Doña Carmen le llevaba ventaja a Teddy, en que este no usaba aretes ni toallas higiénicas (1934: 76).

Por otro lado, el rechazo a la homosexualidad (que se agrava en el contexto de la diégesis de la novela) es más radical y violento cuando se manifiesta ligado a la idea estereotipada de feminidad, por lo que es más homosexual, abyecto y repulsivo aquel que adquiriera más características femeninas. Finalmente, es importante considerar el cuerpo como un factor fundamental que contribuye en la construcción de identidad de género, ya que el cuerpo de Teddy – al ser frágil y suave - no responde a las expectativas que culturalmente han sido impuestas en el ámbito de la masculinidad hegemónica de la Lima de comienzos del siglo XX: “Beso sonoro, y Teddy comienza a desnudarse desde el hall: luego por la escalerilla de seis escalones, muestra la camisa abierta su pecho sin vellos. [...] Arroja sobre la cama los guantes y sombrero: ingiere la pócima, y se tiende, desnudo y claro, sobre los almohadones de seda del diván que le acarician con un susurro blando” (1934: 83).

En este punto, es necesario destacar la clara intención de José Diez Canseco al abordar el tema de la homosexualidad en la novela analizada. El propósito del autor era, gracias a esta novela, posicionarse como una voz autorizada, en la medida que forma parte de la clase alta limeña que

representa en *Duque*. Esto le permitió denunciar lo que él consideraba los vicios de su sociedad. En ese sentido, ya era habitual y, con el paso del tiempo, menos censurable que los hombres frecuenten cabarets, prostíbulos, entre otros.

Por lo tanto, relatar o representar estos episodios no tendría el impacto o la carga condenatoria que él buscaba para justificar su denuncia.

Entonces, decide abordar la homosexualidad a modo de evidencia de la decadencia moral de los miembros de la clase alta de la Lima de la década de 1930.

Precisamente, Diez Canseco, al reproducir una afirmación que sobre las prácticas homosexuales realiza Suárez Valle, delimita su distancia y su rechazo al respecto con un claro pie de página: “No, no es tranquilidad. Me doy cuenta que ello es... sucio, asqueroso, ¡lo que usted quiera! Pero que entre ellos hagan de su capa un sayo no tiene por qué asustar a nadie, absolutamente a nadie” (Diez Canseco 1934: 112).

Ante esto, el autor deslinda de la siguiente manera: “Estas opiniones son absolutamente personales. El señor Suárez Valle se hace único responsable de ellas” (1934:112). Esta aclaración de Diez – Canseco supone que el abordar el tema de la homosexualidad en su novela es tan solo una estrategia para legitimar su crítica. En todo caso, necesita de posiciones encontradas respecto de dicho tema en la narración misma (sostenidas por los personajes) para evidenciar que esto es conocido en el entorno del protagonista y genera opiniones polarizadas. Sin embargo, la valoración general es que es algo que debe permanecer al amparo de lo privado, ya que su condición de censurable es tácita.

Por otra parte, como se mencionó líneas arriba, el acercamiento teórico a esta novela de Diez Canseco se realizará desde los Estudios de Género. En ese sentido, es necesario señalar que este abordaje ha considerado, desde sus inicios, los procesos de identificación femeninos y los ha

analizado prolíficamente. En efecto, la teoría de género desarrollada gracias al impulso de los movimientos feministas ha logrado establecer una reflexión fundamental, en la actualidad, en el campo de las ciencias sociales y las humanidades. La bibliografía sobre la construcción cultural de la identidad de las mujeres es vasta (Lamas 2018, Rubin 1986, Pateman 1988, Lamas 1998, Silva Santisteban 1998, Butler 1999, entre otras), y se aproxima a este proceso desde diferentes perspectivas considerando, por ejemplo, la existencia, permanencia o ausencia de una ley o estamento medular previo a dicha construcción, tal como se observará en el primer capítulo, el cual explica algunos conceptos y categorías base que se utilizarán para el análisis de *Duque*.

No obstante, las masculinidades o, más precisamente, los procesos de construcción de las identidades masculinas no han sido, hasta hace algunos años, ampliamente estudiados. El punto de partida puede ser simple: si Simone de Beauvoir propuso que no se nace mujer, sino que deviene mujer; entonces, un hombre tampoco nace, sino que se hace hombre. Esto es lo que propone Claude Lévi – Strauss en *Las estructuras elementales del parentesco*. En este texto, plantea que “sabemos con certeza que estamos en el estadio de la cultura” y que todo lo que está sujeto a una norma pertenece a la cultura y presenta los atributos de lo relativo y de lo particular (1969:7). Entonces, los procesos de identificación masculinos también cuentan con una matriz cultural e, incluso, histórica (Connell 1995). Así pues, la subjetividad o subjetividades masculinas serán procesos de identificación que se configurarán y reconfigurarán constantemente según posiciones de poder, contextos específicos, entre otros elementos.

Pero ¿por qué se ha producido esta “demora” en la reflexión teórica sobre las masculinidades? Daniel del Castillo, en su ensayo sobre la construcción de la masculinidad en los escolares, señala lo siguiente:

La situación de clara desventaja - y en muchos casos de abierta opresión - en la que

se encuentra la mujer en nuestras sociedades, nos ha hecho asumir de manera no reflexionada que la condición de los hombres es mucho menos problemática. El dominador aparece con una sola cara, sin quiebres ni fisuras. Las ciencias sociales en nuestro país no han tocado el tema de “la construcción del hombre” porque al parecer consideran que “no es un problema social”; mientras que los trabajos sobre la condición de la mujer tienen ya que una venerable tradición.

Esto, como se sabe, se debe a la autoimagen que los hombres deseamos proyectar; y que hemos proyectado con éxito. Si nos escondemos a nosotros mismos nuestras fisuras - porque así nos enseñaron - por qué vamos a revelarlas a la sociedad de las mujeres (Del Castillo 2001: 264).

Según lo mencionado en los párrafos previos, el análisis de Teddy Crownchield, protagonista de *Duque*, se centrará en dilucidar los modos en los que el capital masculino se inserta en el cuerpo del personaje. Ya se ha expuesto cómo Teddy es percibido por otros miembros de su entorno a partir de su cuerpo, gustos y estilo exquisitos: Jorge Ráez, pidiendo disculpas, suplica a Teddy que, si lo tiene a bien y ‘si el señor Crownchield no hace de ello un secreto’, le diga quién es el genio que le viste” (1934: 80). Además, considerando esos aspectos es que Teddy fue seducido por Astorga: “Recordó todo: las primeras frases ambiguas sobre la amistad; los piropos a su buen gusto, a su figura sobre el caballo, a sus corbatas, a su agilidad en el tennis, a su elegancia en el baile” (1934: 160 – 161). En ese sentido, el cuerpo será menos masculino mientras más se acerque a lo que se considera como femenino. Al respecto, Daniel del Castillo afirma lo siguiente:

El “afeminado” de la clase es el mejor candidato a ser estigmatizado como maricón y esto a pesar de que puedan existir otros alumnos que demuestren más abiertamente comportamientos que podrían ser catalogados como - dentro de los marcos del sentido común - como de tendencia

“homosexual”. Esto es bastante sabido: el “paletero” o “moscatero” [...] No es el maricón, sino aquel que en la imaginación de los demás es susceptible de ser penetrado, vulnerado (Del Castillo 2001: 264)

Así pues, la masculinidad que se insertaría en el cuerpo de Teddy ocuparía un lugar subalterno en la medida que se asociará a la feminidad por cualidades - ligadas también a atributos espirituales “maternos” - como las que describe Del Castillo: “debilidad física. pasividad y falta de agresividad, sensibilidad; aunque también de atributos físicos - formas curvas, senos (como en el caso de ciertos gordos), suavidad y delicadeza de la piel” (2001: 258).

Según lo propuesto en las líneas anteriores, es necesario formular las preguntas siguientes: ¿Cómo se estructuran los procesos de construcción de las masculinidades y cómo las distintas subjetividades masculinas se insertan en cuerpos determinados? ¿De qué modo interactúan, en un campo de poder, las diversas masculinidades? ¿Cuál fue este proceso en el caso específico de Teddy Crownchild? ¿Por qué este protagonista fue repudiado y convertido en lo abyecto?

El objetivo de esta tesis es analizar los modos por los cuales las subjetividades masculinas se insertan en los cuerpos y, de este modo, conocer cómo se configuran los espacios y las relaciones de poder entre los integrantes de la alta sociedad limeña de la década de 1930 descrita en esta novela de Diez Canseco.

En el primer capítulo, se compendiará los conceptos y categorías más importantes que se utilizarán en el análisis de la novela. En el segundo, se elaborará un repaso de la novela y de estudios previos que, sobre ella se han realizado; y, en el último y tercer capítulo, se analizará de qué manera lo femenino opera como una frontera de la masculinidad hegemónica, lo que trae como consecuencia la identificación del protagonista de *Duque* como un sujeto abyecto y, como ya se ha expresado, lo

instala fuera de la dicha masculinidad hegemónica y, por lo mismo, fuera del círculo social que lo acogía.

Finalmente, se abordará de qué manera, a través de ciertas convenciones como el matrimonio y la paternidad, Teddy busca reinsertarse en el ámbito de la masculinidad hegemónica, pero sin éxito en tanto que, en el universo narrativo de la novela, este se ha convertido en un sujeto peligroso cuyo cuerpo, cualidades y experiencias (que se hacen públicas) amenazan con desestabilizar la dinámica social de la alta burguesía limeña de la época.

CAPÍTULO 1

1. Conceptos generales

1.1. Del sexo al género:

Las fronteras que demarcan los procesos de identificación de género son entidades vulnerables y susceptibles de subversión. Dichos procesos se han abordado y entendido de maneras diversas y desde distintas perspectivas. Estas aproximaciones oscilan entre la idea del género como identidad fija estrechamente relacionada con la base biológica del sexo (dependiente de una ley asumida como natural y preexistente al sujeto) y el género problematizado cuyo sentido ha sido creado a partir de relaciones de poder y de la desnaturalización de la identidad. Para entender este proceso de transformación del concepto de género, se puede considerar a la sexualidad humana para establecer uno de los modos en los que establece la diferencia sexual. Una de las consideraciones que habría que tener en cuenta es la de Freud en su “Historia de una psicosis infantil”, texto en el cual propondría el carácter bisexual de lo humano.

Lo reprimido es la actitud homosexual en el sentido genital, que se había formado bajo la influencia del descubrimiento. Pero tal actitud permanece conservada para lo inconsciente, constituyendo un estrato aislado y más profundo. El móvil de esta represión parece ser la virilidad narcisista de los genitales, la cual promueve un conflicto preparado desde hace mucho tiempo, con la pasividad del fin sexual homosexual, La represión es, por tanto, un resultado de la masculinidad.

Nos inclinaríamos quizá a modificar desde este punto de partida [...] Parece, en efecto, evidente que es el conflicto entre las tendencias masculinas y femeninas, o sea la bisexualidad, lo que engendra la represión y la producción de la neurosis [...] Una de las tendencias sexuales en conflicto se halla de acuerdo con el yo, pero la otra contraría el interés narcisista y sucumbe por ello a la represión. [...] En otros casos no existe un tal conflicto entre la masculinidad y la femineidad, habiendo tan solo una tendencia sexual, que quiere ser admitida, pero que tropieza con determinados poderes del yo, y es, por tanto, rechazada (Freud 1918).

En este sentido, Freud, al proponer la condición bisexual de los sujetos y relacionar el goce con distintos objetos sexuales (en el texto, se propone al padre, la niñera, la campesina, entre otros, como dichos objetos), se configura un claro antecedente de la desencionalización del sexo y su desnaturalización. Por lo tanto, para explicar esto ya se considera ese otro lado conformado por la cultura, las relaciones sociales, el lenguaje y el inconsciente. En ese sentido, se empieza a explicar la subjetividad desde el inconsciente como una falla o fisura producto de la cultura y el lenguaje. Entonces, si el cuerpo falla, la sociedad debe crear dispositivos para explicar cómo las subjetividades femenina y masculina se insertan en los cuerpos.

Luego, con la poderosa sentencia “no se nace mujer, se llega a serlo”, Simone de Beauvoir pondría en tela de juicio, de un modo mucho más claro, la naturaleza biológica de los géneros; es decir, que el género no es un estamento biológico, sino cultural. Así, pues, la experiencia de *devenir mujer* dependerá de relaciones sociales que implican lo económico, la historia, el matrimonio, la maternidad, entre otras.

Beauvoir, al respecto, anota que “de este modo, no podría ser considerada la mujer, simplemente, como un organismo sexuado; entre los datos biológicos, sólo tienen importancia aquellos que adquieren en la acción un valor concreto; la conciencia que la mujer adquiere de sí misma no está

definida por su sola sexualidad: refleja una situación que depende de la estructura económica de la sociedad, estructura que traduce el grado de evolución técnica alcanzado por la Humanidad” (1949: 53).

Lo que Beauvoir afirma no se desliga de la base biológica del cuerpo, sin embargo, da paso a una reflexión que supone más elementos que construyen al sujeto mujer y que no son absolutos, sino que, por el contrario, varían de acuerdo con el contexto histórico y geográfico. Esto le permite cuestionar la perpetua y universal subordinación de las mujeres: “siendo el cuerpo el instrumento de nuestro asidero en el mundo, este se presenta de manera muy distinta según que sea asido de un modo u otro. [...] Pero lo que rechazamos es la idea de que constituya para ella un destino petrificado. No basta para definir una jerarquía de los sexos; no explican por qué la mujer es lo Otro; no la condena a conservar eternamente ese papel subordinado” (1949: 43). Entonces, la subordinación de la mujer no es justificable ni “natural” al describirse como un producto que ha sido conformado por diversas circunstancias y relaciones que han posicionado al hombre como lo esencial y a la mujer como lo no esencial, lo Otro. El carácter cultural de la subjetividad femenina desnaturaliza su papel subordinado, y lo aleja de la fijeza del cuerpo y del destino que este le ha conferido. Incluso, como se podrá leer en la cita siguiente, el cuerpo femenino podrá liberarse del sentido que se ha construido a partir de él, y que ha contribuido a normalizar e internalizar el carácter subordinado, inferior y asistencial de las mujeres:

Es preciso repetir una vez más que, en la colectividad humana, nada es natural, y que, entre otras cosas, la mujer es un producto elaborado por la civilización: la intervención de otro en su destino es original; si esa acción estuviese dirigida de otro modo, desembocaría en un resultado completamente diferente. La mujer no es definida ni por sus hormonas ni por sus misteriosos

instintos, sino por el modo en que, a través de conciencias extrañas, recupera su cuerpo y sus relaciones con el mundo (Beauvoir 1949: 718 - 719).

Michel Foucault, por su parte, al examinar la sexualidad, anotó que a la sexualidades existentes - masculino y femenino - se sumaba una tercera: el homosexual. Foucault consideró al sujeto homosexual y lo caracterizó “por cierta cualidad de sensibilidad sexual, una determinada manera de invertir en sí mismo lo masculino y lo femenino; de esta manera este sujeto homosexual se convertía ahora en una especie” (2003: 57). No obstante, esta clasificación podría cuestionarse, debido a que fija, de igual manera, las identidades de género. Entonces, a las mencionadas sexualidades femenina y masculina, construidas culturalmente, les agrega una más que, si bien subvierte la dicotomía hombre/mujer, no deja de ser una categoría inmóvil.

Aun con cierta fijeza, Pierre Bourdieu propone que existe una estructura estructurante (habitus) que se ubica de modo previo al individuo y que busca explicar la diferencia del capital masculino y femenino, y, por lo tanto, el dominio de lo primero sobre lo segundo:

Si esta división parece “natural”, como se dice a veces para hablar de lo que es normal al punto de volverse inevitable, se debe a que se presenta, en el estado objetivado, en el mundo social y también en el estado incorporado, en los habitus, como un sistema de categorías de percepción, pensamiento y acción. Se trata de la concordancia entre las estructuras objetivas y las estructuras cognitivas que posibilita esa relación con el mundo que Husserl describía con el nombre de “actitud natural” o experiencia dóxica. Ajena a cualquier postura y cuestión herética, esta experiencia es la forma más absoluta de reconocimiento de la legitimidad: aprehende al mundo social y a sus divisiones arbitrarias como naturales, evidentes, ineluctables, comenzando por la división socialmente construida entre los sexos (Bourdieu 1998).

Bourdieu insiste en que es necesario entender la dominación masculina en términos de relaciones de poder que se historizan (procesos históricos de masculinidad) y que implican modos de producción específicos (podemos considerar aquí la división sexual del trabajo). En ese sentido, las funciones sociales de lo femenino y lo masculino se instauran a partir de la naturalización del dominio del hombre como portador del derecho universal, lo cual, a su vez, le brinda la potestad de organizar la vida social:

El hombre (vir) es un ser particular que se ve como universal (homo), que tiene el monopolio, de hecho y de derecho, de lo humano (es decir, de lo universal), que se halla socialmente facultado para sentirse portador de la forma completa de la condición humana [...] los poderes, las facultades, las capacidades y los deberes o cualidades, son atributos propiamente masculinos. [...] Debido a que se encuentra inscrito y en las divisiones del mundo social, o más concretamente en las relaciones sociales de dominio y explotación que se han instituido entre los sexos, y en las mentes, bajo la forma de los principios de división que conducen a clasificar todas las cosas del mundo y todas las prácticas según distinciones reductibles a la oposición entre lo masculino y lo femenino, el sistema mítico - ritual es continuamente confirmado y legitimado mediante las prácticas mismas que determina y legitima (Bourdieu 1998).

Nuevamente, estamos frente a una posición que no asume la dominación masculina como un componente natural de la vida social que se desprende de la determinación biológica de los sexos. Dicha dominación se ha desplegado gracias a la formación y legitimación de un capital masculino que se ha apropiado de las relaciones de producción y reproducción del capital simbólico.

En *Duque*, estos procesos simbólicos e historizados de la masculinidad organizan la vida social de la Lima de la década de 1930, e instauran dinámicas que oponen lo femenino y lo masculino.

Así pues, el capital masculino que se representa en la novela de Diez – Canseco posiciona (según determinadas relaciones de poder en las que se conjugan dispositivos como la clase y el cuerpo, por ejemplo) a las distintas subjetividades masculinas. Estas se encarnan en los personajes de la novela y configuran las masculinidades hegemónicas y subalternas. Teddy, en este caso, terminará ubicándose; por distintos factores como la feminización, el incumplimiento de la heterosexualidad obligatoria, y la ruptura de la separación entre lo privado y lo público; en la posición subalterna de masculinidad que, posteriormente lo llevará a la abyección.

Posteriormente, el postestructuralismo brindaría nuevas luces para el entendimiento de las identidades o posiciones sexuales, y procesos de identificación masculinos y femeninos. En ese sentido, no existe ley anterior que fije o determine las identidades, sino que estas se han convertido en procesos de identificación o construcción de subjetividad. Si volvemos a Freud, el hecho de que se deba recurrir al inconsciente para construir un sentido que ya no es dado por la naturaleza o la biología, es necesario explicar la subjetividad desde el inconsciente como una falla, a modo de fisura, que es producto de la cultura y el lenguaje.

Entonces, nuevamente, si el cuerpo falla, la sociedad deberá crear dispositivos para explicar de qué modo las subjetividades femenino y masculina se insertan en los cuerpos.

Así pues, podemos hablar de dispositivos (la heterosexualidad obligatoria, la maternidad, el matrimonio, el contrato sexual, la prostitución, etc.) constituidos a partir de determinadas relaciones (de poder, vale aclarar) que estarán sujetos a la interpretación, es decir, que el sentido se construirá a partir de la aparición de dicho dispositivo. Por ello, al no existir nada previo a la

“ley”, son los sujetos los que elaboran el sentido y la subjetividad como actos pulsionales y repetitivos.

Es a partir de esta inestabilidad de los límites entre los procesos de identificación o de construcción de subjetividades relacionadas al género que hace su aparición el sujeto homoerótico, quien ejemplifica perfectamente la idea de Judith Butler, según la cual “el género es una asignación y nunca se asume plenamente de acuerdo con las expectativas [...] las personas a las que se dirige nunca habitan por entero el ideal al que se pretende que se asemejen” (2002: 324-325). Y esto es, justamente, lo que ocurre con Teddy, el protagonista de la novela de Diez Canseco.

Además, en este punto, se debe considerar el papel que cumple el cuerpo en la formación de identidades. En los nuevos paradigmas, el cuerpo ya no se definirá por la esencialidad biológica que lo determinaba y lo ubicaba dentro de la diferencia sexual. Ello ha generado que este ya no se asuma como algo fijo y natural. En otras palabras, las subjetividades femeninas o masculinas podrían insertarse en diferentes cuerpos indiferentemente de su genitalidad cuyo ejemplo más claro se evidencia en lo trans.

Es necesario anotar que los procesos de identificación, en la medida que ya no se respaldan en la determinación biológica y fijeza del cuerpo, resultan de relaciones de poder basadas en estrategias de dominación, normalización, jerarquización, nominalización, definición, entre otras.

Por su parte, la teoría de los roles y la teoría feminista señalan que se debe entender la identidad como un conjunto de relaciones sociales, en el cual prima la importancia del rol sexual ligado al sistema sexo – género (Rubin 1986). Dicho rol es internalizado, lo que posiciona dicho rol de acuerdo con una función social determinada. En este punto, es necesario considerar la categoría de

performatividad, reorganizada por Judith Butler, quien indica, justamente, que la identidad no es una estructura fija y que se constituye como producto de una repetición compulsiva: “no es un acto único, sino una repetición y un ritual que consigue su efecto a través de su naturalización en el contexto de un cuerpo, entendido, hasta cierto punto, como una duración temporal sostenida culturalmente” (1999: 17)

Entonces, es necesario pensar en el cuerpo como el espacio donde se construye el sentido, es decir, la ley (ligada al mandato de lo natural o biológico que se creía preexistente al sujeto) se constituye como un dispositivo vacío que cae en el cuerpo, el cual construirá dicho sentido. Es más, la teoría *queer*, al considerar el cuerpo como espacio de producción del sentido, ya es. Entonces, si la subjetividad se construye sin mediación de lo genital, esta no es sino un trámite cultural: el sexo también es género

Esta idea de género, como una construcción regida por determinadas convenciones, brindó la posibilidad de estructurar culturalmente la subjetividad femenina, pero, además, abrió camino para el estudio de la construcción de la subjetividad masculina que, en principio, no fue considerada.

La masculinidad será, pues, una construcción vulnerable y difícil, puesto que se va a actualizar constantemente “a través de guiones contenidos en los múltiples discursos sobre masculinidad, en su materialización en el cuerpo y en el repudio del dominio de lo abyecto” (Fuller 1997: 3).

1.2. La(s) masculinidad(es):

En este punto, es necesario ocuparse de y explicar la masculinidad (o masculinidades) como capital que se inserta en cuerpos específicos. Esta, además, no debe pensarse solamente a partir de o en

relación con el machismo, ya que se correría el riesgo de esencializar la construcción y, como ya se ha mencionado en varias oportunidades líneas arriba, es necesario desesencializar los procesos de identificación para entender las masculinidades como construcciones sociales y resultantes de relaciones de poder.

La construcción de dichas masculinidades implicará, entonces, la producción de subjetividades que no solo se oponen a lo femenino, sino que, a su vez, a otras masculinidades distintas. Esto conlleva la existencia de masculinidades hegemónicas y subordinadas, dicotomía que será muy útil y efectiva para el análisis de *Duque*. Para explicar qué es la masculinidad y cómo se construye el capital masculino y cómo este se inserta en los cuerpos, seguiremos las propuestas de R. W. Connell al respecto. El trabajo de Connell respecto de las masculinidades es fundamental, puesto que las analiza como capitales distintos, que son resultado de relaciones de poder y procesos históricos, y que se insertan en cuerpos específicos atendiendo a la dicotomía hegemónico / subalterno.

Además, señala que las masculinidades siempre, frente al avance del feminismo, buscan reconfigurarse: adaptarse a estos cambios para no perder la hegemonía frente a lo femenino.

En primer lugar, es fundamental tener en cuenta que la masculinidad responde a una estructura mayor que, del mismo modo, ha albergado la formación del capital femenino. Se ha dejado de lado la definición de la masculinidad como atributo ligado a la individualidad y se afirma que “el concepto es inherentemente relacional.

La *masculinidad* no existe más que en oposición a la *feminidad*. Una cultura que no trata a las mujeres y los hombres como portadores de tipos de personalidad polarizados, por lo menos en principio, no tiene un concepto de masculinidad según la noción cultural europea y estadounidense

moderna” (Connell 1995: 104). En ese sentido, la diferencia entre hombres y mujeres se definía por una relación de diferencia que manifestaba una relación de inferioridad de las segundas respecto de los primeros.

Un segundo aspecto que se considera es el carácter histórico de la masculinidad, la cual, además, está marcada por un fuerte componente cultural (aunque el positivismo sostiene que existe un patrón de la masculinidad que es indiferente a la variación de una cultura a otra).

Como un paso más próximo al postestructuralismo, podemos encontrar las definiciones normativas, las cuales indican que “la masculinidad es lo que los hombres deben ser” y, de este modo, “la teoría de los roles sexuales más estricta se acerca a la masculinidad justo como una norma social para el comportamiento de los hombres” (Connell 1995: 107). En otras palabras, el “deber ser” masculino en una sociedad determinada es lo que constriñe las diversas masculinidades y las identidades.

No obstante, esta definición ya no va a contemplar el componente cultural y esto no permitirá, a su vez, explicar las manifestaciones diversas de las masculinidades que no se ajusten a este modo de ser hombre.

Frente a estas paradojas, Connell sostiene que “necesitamos centrarnos en los procesos y las relaciones a través de los cuales los hombres y las mujeres viven vidas ligadas al género. La *masculinidad*, hasta el punto en que el término puede definirse, es un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres ocupan ese espacio en el género, y en los efectos de dichas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura” (1995: 109).

Es importante tener en cuenta que la masculinidad y la feminidad se forman como prácticas sociales y colectivas que responden a un proceso a través del tiempo cuya finalidad es la legitimación y permanencia de lo que debe ser femenino y masculino. Por ello, su configuración, al responder a elementos históricos y culturales, es compleja y engloba lógicas diversas. “En consecuencia, la masculinidad, como la feminidad, siempre está sujeta a contradicciones internas y rupturas históricas” (Connell 1995: 112).

No obstante, es fundamental considerar que la masculinidad no es un elemento universal que es común a todos los hombres, no existe una masculinidad única, o en todo caso, existen varias que se están enfrentando entre sí y, entre las cuales, se establecen determinadas relaciones. Esto sucede claramente en *Duque* respecto de la relación de Teddy con los demás personajes masculinos de la novela porque este siempre verá su inclusión en la masculinidad hegemónica limitada a causa de su feminización (su cuerpo, su exquisitez en gustos diversos) y al carácter público de su involucramiento sexual con Astorga (que lo lleva a subvertir el mandato de la heterosexualidad obligatoria que se explicará más adelante). Entonces, si se evidencian masculinidades diversas enfrentadas entre sí, se puede colegir que existe una masculinidad hegemónica.

1.3. Masculinidad hegemónica:

La masculinidad hegemónica será una categoría importante para el análisis del personaje protagonista de Diez Canseco: en la novela el autor problematizará y se disociará de dicho tipo de masculinidad en la Lima de la década de 1930.

Connell, al respecto, afirma que “no es un tipo de personalidad fija, siempre igual en todas partes. Se trata más bien de la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de las relaciones de género, posición que es siempre discutible” (1995: 116). Sobre esto, podremos observar, en *Duque*, que el carácter hegemónico de la masculinidad va a variar dependiendo del espacio donde se enfrenten las subjetividades masculinas. En ese sentido, Teddy podría configurarse como representante de la masculinidad hegemónica en Europa, por ejemplo, pero no en Lima, ya que, en una cultura determinada, siempre se legitimará una forma de masculinidad.

Entonces, “la masculinidad hegemónica puede definirse como la configuración de la práctica de género que incorpora la respuesta aceptada, en un momento específico, al problema de la legitimidad del patriarcado, lo que garantiza (o se considera que garantiza) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connell 1995: 117). Sin embargo, hay que tener en cuenta ciertas características que son transversales a cualquier estatuto de masculinidad: no ser mujer y no ser homosexual.

Es así como la homosexualidad o, en general, las prácticas homoeróticas se posicionan como una frontera de la masculinidad, lo cual, en efecto, ocurrirá con Teddy Crownchild al hacerse pública su relación con Carlos Astorga, ya que, como se mencionó, si bien eran conocidas las relaciones homoeróticas de los demás personajes de la novela, en la medida que se mantenían en el ámbito de lo privado, no ponían en riesgo su condición de habitantes de la masculinidad. Esto no ocurre con Teddy, debido a que su relación ha salido a la luz (sin dejar de considerar, además, la ya mencionada estrategia de feminización y posterior identificación con lo abyecto).

1.4. La heterosexualidad obligatoria:

En el mundo limeño de 1920, la heterosexualidad normativa resulta un concepto fundamental para realizar el análisis de *Duque*. Es necesario recordar aquí que la primera, y la más estudiada, oposición de la masculinidad es con la feminidad, idea que será transversal en toda la diégesis de la novela de Diez Canseco. De este modo, hombre y mujer, si bien son representantes de la dicotomía masculino / femenino, no se excluyen uno al otro, sino que funcionan como complementos. En otras palabras, el binomio fundamental de la vida social está conformado por hombre y mujer, por lo tanto, las relaciones homosexuales no se configuran como prácticas sociales legítimas en el ámbito de lo público. Entonces, son estigmatizadas y castigadas.

Gayle Rubin, siguiendo a Claude Lévi - Strauss y su análisis sobre el parentesco, afirma que “al nivel más general, la organización social del sexo se basa en el género, la heterosexualidad obligatoria y la constricción de la sexualidad femenina [...] Los sistemas de parentesco se basan en el matrimonio; por lo tanto, transforman a machos y hembras en ‘hombres’ y ‘mujeres’, cada uno una mitad incompleta que sólo puede sentirse entera cuando se une con la otra “ (1986: 114).

La división sexual del trabajo es un modo de reflejar cómo la heterosexualidad obligatoria se ha configurado como un elemento fundamental en la organización del género. Lévi - Strauss considera que dicha división sexual del trabajo no se relaciona con una base biológica, sino que responde a un propósito definido que se fundamenta en la unión de hombres y mujeres (Rubin 1986: 113). Esto quiere decir que el núcleo sobre el cual se va a desarrollar lo económico será conformado por lo masculino y lo femenino en una dinámica de dependencia antes que complementariedad.

Esto funciona como una justificación de la subordinación de las mujeres y, por extensión, del cuestionamiento de las uniones homosexuales:

La división del trabajo por sexos, por lo tanto, puede ser vista como un ‘tabú’: un tabú contra la igualdad de hombres y mujeres, un tabú que divide los sexos en dos categorías mutuamente exclusivas, un tabú que exagera las diferencias biológicas y así *crea* el género. La división del trabajo puede ser vista también como un tabú contra los arreglos sexuales distintos de los que contengan por lo menos un hombre y una mujer, imponiendo así el matrimonio heterosexual (Rubin 1986: 114).

La heterosexualidad obligatoria se impone como un mecanismo que regula y homogeniza las subjetividades femeninas y masculinas. A las primeras, por las leyes aplicadas al parentesco, se les ubica bajo la dominación de las segundas en la medida que se les considera un objeto de intercambio.

Asimismo, si como se ha mencionado, la masculinidad se posiciona (principalmente) en oposición a la feminidad, entonces, las dos son partes indivisibles de una dicotomía que es medular en la organización de la vida social. Por ello, si existe esta relación de dependencia entre ambas (la cual, sin embargo, implica la subordinación y control de lo femenino), será necesario establecer estrategias que permitan su permanencia e internalización. Y, justamente, un modo de lograrlo es la regulación de las sexualidades, a causa de la cual se legitiman las prácticas heterosexuales y se castigan las homosexuales.

Cabe anotar aquí que, según Connell, determinadas masculinidades buscan reconfigurarse movidas por el avance del feminismo e intentar establecer una dinámica de igualdad, en las cuales preponderan una fuerte identificación con lo femenino, un afianzamiento de amistad y relaciones

con mujeres, un distanciamiento de las formas de interacción masculinas cotidianas y de los privilegios de la masculinidad

El proyecto era separarse de la corriente principal de la masculinidad, con la que estaban familiarizados, y reconstruir la personalidad para producir un nuevo yo, no sexista.

Su política sexual, con el tema de la culpabilidad sobre la masculinidad, era parte de una agenda mayor de cambio personal. La idea de un nuevo yo no es meramente teórica. [...]

El tema de la renuncia es crucial (1995: 183 – 184).

Sin embargo, este acercamiento con lo femenino como forma de desplazamiento de la masculinidad hegemónica aun no contempla la normalización o aceptación de la homosexualidad, ya que esta se convierte en una frontera de la masculinidad (por lo menos, de la hegemónica): “la relación entre la masculinidad hegemónica y la homosexual la supuesto que el sexo entre hombres es un crimen, lo mismo que la intimidación y la violencia fuera de la ley” (Connell 1995: 213 - 214).

No obstante, es necesario considerar que, en la homosexualidad, también se van a constituir subjetividades hegemónicas y subordinadas. Es decir, algunas prácticas homosexuales gozarán más prestigio de que otras y, en ese sentido, algunas, si bien no se insertarán en el ámbito de la masculinidad, van a ser socialmente mejor aceptadas. Con ello, se puede evidenciar, nuevamente, que el conflicto entre masculinidades se diversificará, ya que ahora se enfrentarán subjetividades masculinas específicas y distintas, aunque no se dejará de lado el componente femenino para ubicar una determinada masculinidad en la subalternidad.

Por lo anterior, entonces, se podría proponer un tipo hegemónico de homosexualidad. Connell, al respecto, afirma que la homosexualidad “se encuentra tan bien formada y tan a la mano que se impone a la gente, le guste o no” (1995: 209). Esto manifiesta que hay un modo más aceptado de ser gay que otro y que, a su vez, existen diversas convenciones que se han instaurado socialmente y que orientan el proceso de conformación de la identidad gay. Es así que la “salida del clóset”, si bien es un acto que implica liberación, llevará al sujeto a un medio ya configurado y establecido. Además de que dicha salida se producirá a partir de la identificación de ciertos elementos que se considerarán como propios o individuales, pero que no serán más que aquellos que ya se han posicionado socialmente: “a la posibilidad de ser gay se le ha atribuido actualmente una existencia tan real que es fácil que los hombres experimenten el proceso de adopción de esta definición social como si descubrieran algo sobre ellos mismos” (Connell 1995: 210). Para aclarar esta idea, Connell también propone que el proceso de conformación de la identidad gay pasa por etapas determinadas: prehistoria (vida familiar), preparación (inseguridad en la adolescencia), contacto (primeras experiencias sexuales con hombres), reconocimiento (asumir el ser gay), inmersión (establecimiento participación activa en los circuitos y prácticas homosexuales) y consolidación (establecimiento de la vida en pareja, cercanía con otros gay, participación en organizaciones homosexuales y salida del clóset) (1995: 210).

Sin embargo, este proceso no es homogéneo para todos los hombres gay, sino que, dependiendo de varios factores relacionados con la raza, la clase, entre otros, puede convertirse en un camino difícil en esta construcción de la identidad homosexual; “sin embargo, la claridad de la secuencia es engañosa y el resultado no es la identidad homogénea que la psicología del yo suponía y de la cual estos modelos de etapas dependían” (Connell 1995: 210). Es decir, esta subjetividad homosexual resultante, al no haber sido constituida en el mencionado proceso de etapas, no formará

parte de la homosexualidad hegemónica, sino se ubicará en un estrato inferior. Los “gays muy normales”, como los denomina Connell, asumen todas las convenciones de esta hegemonía homosexual y una forma de demostrarlo es, por ejemplo, rechazando a los gays muy afeminados. Entonces, se pone de manifiesto, nuevamente, que la feminidad se convierte en una frontera de la masculinidad: no se puede querer ser femenino, pero, a su vez, no se puede no desear lo femenino.

Por otra parte, es necesario considerar que lo homosexual permanecerá como aquello que debe ser reprimido e invisibilizado, sin embargo, este proceso es fundamental para sostener la heterosexualidad obligatoria.

Judith Butler, reelaborando lo propuesto por Lévi - Strauss y Rubin sobre el tabú del incesto, y tomando algunas precisiones del psicoanálisis al respecto, anota lo siguiente:

Si el tabú del incesto regula la producción de identidades de género diferenciadas, y si esa producción exige la prohibición y el castigo de la heterosexualidad, entonces la homosexualidad emerge como un deseo que debe generarse para continuar reprimido. En resumidas cuentas, para que la heterosexualidad permanezca intacta como una forma social, *exige* una concepción inteligible de la homosexualidad, así como la prohibición de esa concepción para hacerla culturalmente ininteligible. Dentro del psicoanálisis, la bisexualidad y la homosexualidad son disposiciones libidinales, y la heterosexualidad es la elaboración laboriosa basada en su represión gradual (1999: 169).

Entonces, la legitimación de la heterosexualidad tiene como requisito la existencia de la homosexualidad. En otras palabras, en la medida que esta se constituye como un deseo emergente, se hace necesaria su represión. Dicha represión de la homosexualidad da paso a su prohibición, lo cual, a su vez, propicia su deslegitimación en la cultura. De este modo, solo frente a esta censura social de la homosexualidad es que la heterosexualidad puede posicionarse como norma y

establecer su hegemonía. Por esta razón, los personajes de la novela llevan una doble vida: de día son hombres heterosexuales habitantes de la masculinidad y, protegidos por la nocturnidad, reinician sus prácticas homosexuales. Este es, también, un modo de permanecer el espacio hegemónico de la masculinidad.

1.5. Abyección:

Este es un concepto importante, puesto que engarza la heterosexualidad obligatoria, la masculinidad hegemónica y la relación de estas con lo femenino. Además, relaciona lo anterior con las masculinidades y homosexualidades no hegemónicas. La construcción del sujeto abyecto se establecerá siempre en oposición a lo que se considera dentro del estatuto de lo humano.

En ese sentido, es fundamental tomar en cuenta al cuerpo respecto de lo que debería ser su correspondencia con las identidades de género y, de este modo, determinar que existen cuerpos que constituyen lo masculino y otros que constituyen lo femenino. Sin embargo, existen cuerpos que no habitan su idea de género y que, por lo mismo, deben ser expulsados de la normalidad, negados y castigados: convertido en lo abyecto, en lo “no yo”.

Butler, siguiendo a Kristeva, propone que “lo abyecto nombra lo que ha sido expulsado del cuerpo, evacuado como excremento, literalmente convertido en ‘Otro’. Esto se efectúa como una expulsión de elementos ajenos, pero de hecho lo ajeno se establece a través de la expulsión.

La construcción del ‘no yo’ como lo abyecto determina los límites del cuerpo, que también son los primeros contornos del sujeto (1999: 261). Las subjetividades masculina y femenina se construirán, entonces, a partir de lo que no se quiere y de lo que no se debe ser: de lo que es necesario negar.

Mediante estos elementos expulsados e identificados como una “otredad deshonrosa” (Butler 1999: 262), es que se instituyen los procesos de identificación hegemónicos a partir de la repulsión de lo expulsado. En efecto, es en el cuerpo en donde se instaura el género.

Sin embargo, los cuerpos que no pueden identificarse dentro de lo que se espera que sea masculino o femenino deben sancionarse y ser repelidos del estatus de humanidad: “Las figuras corporales que no caben en ninguno de los géneros están fuera de lo humano y, en realidad, conforman el campo de lo deshumanizado y lo abyecto contra lo cual se conforma lo humano” (Butler 1999: 225).

Entonces, el pánico hacia lo abyecto y la necesidad de repudiarlo y expulsarlo se debe a que, en realidad, los sujetos pueden reconocer a ese abyecto en ellos mismos. Lo abyecto no es elemento externo a uno: está oculto gracias a estrategias como, por ejemplo, la heterosexualidad.

Para el análisis de *Duque*, esta categoría será fundamental, ya que el narrador pretende mostrar la abyección de la dinámica social burguesa de la Lima de los treinta a través de la manifestación de los vínculos homoeróticos. Entonces, es necesario rechazar y expulsar a quien amenaza con evidenciar y obligar a reconocer a ese abyecto como parte constitutiva de uno mismo: Teddy es este sujeto y, por ello, debe irse.

1.6. Performatividad:

Hemos observado, pues, que el papel que cumple el cuerpo en la formación de identidades es fundamental. Se ha afirmado, anteriormente en el texto, que la performatividad es una repetición compulsiva. Así pues, esta se puede entender ligada al género, la cual gira sobre la idea siguiente: “en lo concerniente al género, de que actúe una esencia interior que pueda ponerse al descubierto, una expectativa que acaba produciendo el fenómeno mismo que anticipa” (Butler 1999: 17). Esto implica que “la forma en que la anticipación de una esencia provista de género origina lo que planea como exterior a sí misma” (1999:17). Además, “la performatividad no es un acto único, sino la repetición y un ritual que consigue su efecto a través de su naturalización en el contexto de un cuerpo, entendido, hasta cierto punto, como una duración temporal sostenida culturalmente” (1999: 17).

La teoría feminista anota que se debe entender la identidad como un conjunto de estructuras sociales, en el cual prima la importancia del rol sexual ligado al sistema sexo-género. De esta manera, se prepondera la idea de la internalización del rol o función social.

En ese sentido, se debe considerar al género no como un elemento constitutivo y constante del cuerpo, sino en una identidad conformada por la reiteración de actos determinados, por lo cual no puede ser completamente internalizado, fijado y definitivo: “El yo con un género constante revelará entonces estar organizado por actos reiterados que desean acercarse al ideal de una base sustancial de identidad, pero que, en su *discontinuidad* eventual, manifiesta la falta de base temporal y contingente de esta ‘base’”(Butler 1999: 274).

Como se mencionó en la primera parte de este capítulo, la existencia de dicha base (ligada, en primera instancia, al arraigo biológico) es cuestionada y, por lo tanto, no es capaz de determinar una identidad preestablecida que será la misma y absoluta durante toda la vida de los sujetos. En cambio, las demarcaciones de género pueden transformarse y reconfigurarse. Esto permitirá la construcción de diversas subjetividades o identidades de género (o, mejor dicho, procesos de identificación) que no responderán a la relación arbitraria que, a partir de la biología, se ha establecido entre sexo y género. Además, el carácter performativo del género impedirá que un determinado cuerpo encaje o personifique completa y permanentemente un género en tanto que este se desplaza en una temporalidad social:

El género también es una regla que nunca puede interiorizarse del todo; ‘lo interno’ es una significación de superficie; y las normas de género son, en definitiva, fantasmáticas, imposibles de personificar [...] El hecho de que la realidad de género se determine mediante actuaciones sociales continuas significa que los conceptos de un sexo esencial y una masculinidad o feminidad verdadera o constante también se forman como parte de la estrategia que esconde el carácter performativo del género y las probabilidades performativas de que se multipliquen las configuraciones de género fuera de los marcos restrictivos de dominación masculina y heterosexualidad obligatoria (Butler 1999: 274 - 275).

Por lo tanto, las normas sociales o prácticas hegemónicamente válidas son susceptibles de transgresión, puesto que su legitimación se produce con base en un ya inoperante orden preexistente que determinaba el género y que lo configuraba de un modo fijo, absoluto e inalterable. La masculinidad, entonces, ya no es una identidad única y universal que se posicionará como una meta a las que todo hombre debe alcanzar.

Por el contrario, las masculinidades (en plural) son productos históricos y, por lo mismo, son variadas. Por ello, no puede hablarse de una sola masculinidad, sino de varias masculinidades que se encuentran en pugna constante por lograr hegemonía. La construcción de estas se produce a través de relaciones de poder complejas y contradictorias (no monolíticas). De este modo, “una masculinidad específica se constituye en relación con otras masculinidades y con la estructura total de relaciones estructuradas con base en el género” (Connell 1995: 213). No obstante, las formas hegemónicas de masculinidad siempre buscarán reconfigurarse frente al avance del feminismo y, de este modo, permanecer.

CAPÍTULO 2

2. Duque y sus aproximaciones

2.1 Sobre la novela:

Duque, novela del peruano José Diez Canseco y publicada en 1934, narra la historia de Teddy Crownchild Soto Menor, joven miembro de la aristocracia limeña, quien ha retornado a Lima luego de una estadía en Europa y es presentado como un hombre moderno. Esta condición de moderno responderá a los procesos de socialización por los cuales los miembros, en este caso, de la burguesía limeña de los años treinta, instauran una convivencia que tiene como elementos característicos la pertenencia a clubes exclusivos, la imitación de ciertas costumbres extranjeras (sin dejar de lado cierta esencia criolla de algunos de los personajes), la experiencia de viajes y, sobre todo, la recurrencia a lugares de moda (el Country Club, por ejemplo). Es necesario destacar, en este punto, que dichos lugares de moda no solo eran clubes restaurantes y bares: existía un “circuito” nocturno que era popular entre estos sujetos de clase alta, el cual incluía burdeles y fumaderos, entre otros espacios en los que no podía faltar el alcohol, las drogas, las prostitutas y los muchachos jóvenes que los caballeros mencionados buscaban amancebar.

La imitación de los modos europeos propicia la aparición de una bohemia que se mueve en el espacio urbano y cosmopolita, y que caracteriza a la alta burguesía, en este caso, de la Lima de la época: “La bohemia no es un dominio extraño a la burguesía, sino que es la expresión de la misma del conflicto surgido en su seno. Ella crece allí donde las fuerzas sociales liberadas se lanzan al asalto de las barreras elevadas para contenerlas a fin de poner a prueba los márgenes y fronteras” (Bernabé 2006: 25)

Por otra parte, respecto de la estadía de Teddy en Europa se sabe que ha experimentado innumerables vivencias como ingesta de drogas de diversos tipos, relaciones homosexuales, entre otras. Esto puede evidenciarse en la cita siguiente:

Veinticinco años. Alto, delgado. Curtiss, Maddox St. Ojos rasgados [...] Manos finas de muñecas delgadas. Pulsera cursi que imitaba culebra de ojos de zafiros. La Geografía la aprendió en las agendas de Cook. Creía que los Dardanelos eran los hermanos siameses de Oslo. Había leído a Pitigrilli, lugar común de los *snobs*. Practicó en Oxford la sodomía, usó cocaína, y su falta de conciencia le llevó hasta admirar a las mujeres. A los dieciocho egresó de Oxford para ingresar al Trocadero. De allí pasó a todos cabarets de Londres y los prostíbulos de París. Tenía actitudes de ángel cuando bailaba *black-bottom*, y era un bibelot cuando se estiraba al compás de esa música de lágrimas y mocos que se llama tango. A consecuencia de su estada en Oxford se aficionó al citrato de soda. Eso le sirvió más tarde para rechazar, elegantemente, ciertos platos. Polo, Pitigrilli, Oxford, tennis, Austin Reed, cabarets, cocaína, pederastas, golf, galgo ruso, caballos, Curtiss, Napier; ¡Teddy Crownchield Soto Menor, hombre moderno! (1934:74)

En Lima, “ciudad virreinal, en la que acababan de regular el servicio de agua potable” (1934: 75), Teddy socializa con personas de su clase y se asimila rápidamente a la dinámica social que ya se ha descrito líneas arriba: asiste a reuniones en el Country Club; también, participa en cenas y almuerzos, paseos a caballo, y salidas nocturnas que incluyen visitas a burdeles y a fumaderos, por ejemplo.

A nadie convenció el discurso. Rigoletto ordenó dos botellas más, y dos más, y otras dos, y entonces todos sintieron la necesidad de ir a Patos.

- ¡Uy, qué cochinada! - barbotó don Pedro.

No valieron las protestas. Tronando y felices, volvieron a Lima, rumbo a la calle de Patos. Chata ranchería de hacienda colonial. Tras las jaulas rojas, carotas pintarrajeadas sobre una lividez de haber vomitado. Gordas, desnudas y polacas. Francesas pueriles, criollas achinadas con voz de cerveza, que escupían las buenas noches con tufaradas de permanganato. Sonreían las ramerías con bocazas pintadas, con el seno desnudo, con los ojos mortecinos y opacos. Invitación marselesa.

- Vengue, guiquito... Uno cochinadita, vengue, ¿quieque? (1934: 92)

Teddy entabla una sólida amistad con Suárez Valle, quien, a su vez, inicia una relación sentimental con doña Carmen, madre del protagonista. Asimismo, se relaciona sentimentalmente con Beatriz Astorga, hija de Carlos Astorga. Ella es una muchacha atractiva, impetuosa y con un ingenio notable, características que llaman la atención de Teddy casi de inmediato.

Beatriz. ¿Qué era? Una muchacha bien de una sociedad específicamente cursi. Tibia y fresca como un tazón lleno de leche. Dulzura y malicia criollas dentro de un cuerpo gringo mate que el sport ha hecho más fuerte, más esbelto, más gentil. Durante el almuerzo había charlado con ingenio y gracia, cosa tan difícil. [...] Bailando con ella, había sentido la crispatura de su mano cuando sus muslos rozaban, bajo el claro vestido verde, con los muslos de Bati que piafaba con urgencias chúcaras de potranca. Supo - la sociedad es más rápida que la Associated Press - de unos flirts furiosos en los que Bati había desarrollado una táctica marina de oleaje y resaca. Eran veintidós años estremecidos, gritones, tropicales. A los quince - esto no lo sabía Teddy - sintió malestares que la obligaron a excusarse: “estoy constipada”. (1934: 83 - 84)

La relación de Teddy con “Bati” resulta muy significativa, puesto que complejiza a este personaje protagonista y problematiza aún más sus procesos de construcción de posicionamiento de la masculinidad. Su involucramiento en una relación heterosexual, si bien debería funcionar para que sea considerado en el ámbito de la masculinidad hegemónica, favorece, por el contrario, la problematización de su subjetividad masculina en tanto su proceso no será uniforme y dependerá de su interacción con otras masculinidades: no puede pertenecer a la masculinidad hegemónica, pero tampoco es, en un primer momento, un homosexual repudiable, subalterno y, por lo tanto, abyecto.

Luego, en la novela, Carlos Astorga, padre de Beatriz, logra persuadir al joven Crownchield para sostener una relación íntima. Sobre esto, se puede observar que la atracción que Astorga experimenta por los jóvenes y su involucramiento sexual con estos son hechos conocidos por los miembros de su sociedad, sin embargo, al conservar Astorga los requisitos para permanecer en la esfera de la masculinidad hegemónica, no es censurado, sino que se trata de un secreto a voces del que no se habla (no en su presencia, por lo menos) ni es merecedor de reproches. Sin embargo, como veremos, Teddy no corre la misma suerte en tanto que no solo no reúne dichos elementos que lo hacen parte de esa masculinidad hegemónica (su feminización mediante la relación sexual con otro hombre), sino que, además, desestabiliza la dinámica de su sociedad al traer lo privado al ámbito de lo público. En la novela, sobre Astorga, podemos encontrar lo siguiente:

¿De qué sutil manera está hecho el espíritu de ciertos hombres? Tienen - cualidad femenina - ese arte buido del convencimiento, de la persuasión paulatina. Desde el principio, desde que llegara de Europa, Astorga habíale rodeado de finas atenciones, de discretos decires en los que salía triunfante el buen gusto, la originalidad, el talento, las corbatas, el esprit de Teddy. [...] Culto, fino,

discreto, alardeando inteligentemente de mundología, de sagacidad, de distinción, de elegancia, Astorga supo seducir, atraer al mozo jarifo cuya belleza, más de línea que de rostro, era - Lissette y Beatriz podían atestiguarlo - solo comparable a la de esos pajes del Renacimiento con quienes, en Roma, los Cardenales se consolaban sin prudencia de un forzado celibato. (1934: 141)

A través de esta cita, observamos, una vez más, la intervención de Diez – Canseco como narrador que, a través de la construcción de diálogos, emite, nuevamente, su opinión sobre el tema de la homosexualidad con evidentes rasgos de ironía.

En un momento, toma conciencia de lo que está ocurriendo y siente un profundo rechazo por sí mismo al reconocerse a sí mismo como (a través de un espejo) como el mancebo del padre de Beatriz:

Una tarde, Astorga puso fin a esto. En el cubil de la Avenida Grau, puso un espejo ante el diván. ¡Y se vio! Vio allá en el fondo de la luna impasible, el acoplamiento de dos hombres. No, no eran él y Astorga. Eran otros a quienes él no conocía y acaso por esto le pareció más asqueroso y peor. Para no ver hundió la cara, roja de ira, entre los brazos sin vellos. El otro jadeaba en una angustia de delicias. ¡Un asco! El bigotillo de Astorga le picaba en la mejilla. Luego le mordió. (1934: 159).

Además, se da cuenta de que no es la primera vez que se relaciona con personas de su mismo sexo, sino que, siendo mucho más joven, había accedido a hacerlo, aunque por razones distintas a lo sucedido con Astorga:

Él sabía que esos pecados en sus años de colegial eran disculpables, no por ignorancia, sino por sus pocos años que le ponían en condición inferior a otros mayores. Él sabía

que si había soportado esa vergüenza, allá en París, fue para no soportar una paliza. De esos malos pasos no tenía él culpa alguna, pero ¿ahora? Ahora, con veinticinco años, mozo corrido, frecuentador de entretenidas y cabarets, ¿qué disculpa podría alegar? Inútil la vergüenza ¡y todo inútil! (1934: 161).

A raíz de esta última experiencia, Teddy busca resarcirse a través del matrimonio con Beatriz, pero ella descubre la relación de su padre y su novio, por lo que Teddy se ve forzado a partir nuevamente: “Ella le disparó un ¡no! de amoníaco que ardió en los ojos de Crownchield y le hizo llorar. Y se fue para siempre y para siempre solo, con su vergüenza y su derrota. Cuando fue a tomar el timón del Napier casi no pudo arrancar. El Dolor le apretaba la corbata” (1934: 195 - 196).

2.2. Aproximaciones previas a *Duque*

Duque fue publicada en Chile en 1934, por lo que su difusión en nuestro país fue limitada y, por lo mismo, no fue conocida hasta mucho después, incluso por lo demás representantes de la llamada narrativa urbana peruana. Roberto Reyes Tarazona, en un artículo sobre el aporte a la crítica y a los estudios literarios peruanos de Tomás Escajadillo, señala que “*Duque*, que pudo haber sido un referente para los escritores de la ‘narrativa urbana’, como también se la denominaba, era prácticamente desconocida por todos ellos y aun por la mayoría de los críticos de entonces, que podían tener referencias de su existencia, pero que difícilmente pudieron haberla leído” (2011: 344).

La novela, tras su aparición, generó revuelo, tanto en Lima como Santiago de Chile, al abordar, en ese contexto de la década de 1930, el tema de la homosexualidad insertada en la llamada aristocracia criolla.

La recepción del texto presenta reacciones polarizadas e, incluso, “el mismo José Diez - Canseco, en las inevitables polémicas que sobrevinieron en Santiago y Lima, le desconoce méritos literarios a la novela, e incluso afirma que fue publicada sin su autorización” (2011: 345).

La primera edición de la novela fue publicada en Chile por Luis Alberto Sánchez, quien realizó un prólogo en el cual resaltaba el carácter fidedigno de la denuncia hecha por Diez - Canseco en esta novela respecto de la decadencia de la clase a la que él pertenece. Sánchez anota lo siguiente:

Diez - Canseco pertenece a los círculos sociales más “distinguidos” de Lima. Fue un “niño bien”. El ambiente de “Duque”, es el de su adolescencia y sus 22 años. Asiduo concurrente del “Country Club”; excelente *partner* de *tennis*, *golf*, *cocktails* y *flirts*, era un joven frívolo, cuya inquietud se desviaba por los cauces de la literatura “*sociable*”, que no es lo mismo que “social”. [...] Pero, en “Duque” está su protesta. “Duque” es un acta de arrepentimiento, un propósito de enmienda y un cuadro ferozmente cruel y realista de ciertos sectores de la “*haute société*”, de la “*high life*”, de los niños góticos y las damitas bien. En Canseco no hay “resentimiento”. [...] Lo que ocurre es que, a tiempo, sintió el reclamo de lo social (1934: 7 - 8).

Del mismo modo, como años después señalará Tomás Escajadillo, Sánchez sostiene que esta novela de José Diez - Canseco refleja de manera fidedigna la realidad que aborda. Destaca *Duque* como un documento histórico y, a la vez, un testimonio social que documenta la sociedad de la Lima de los años 30, por lo que considera que su validez como medio de denuncia es absoluta e infalible: “No creo necesario destacar que Diez - Canseco es estrictamente veraz. [...] Yo estimo

“*Duque*” tanto novela como documento histórico y testimonio social. Es el indicio de la decadencia de una clase y el llamado urgente a desplazar tanta corrupción. [...] A tiempos podridos, escritos cáusticos” (1973: 8 - 9)

Así pues, *Duque* puede ser leída como una radiografía que testimonia la decadencia y corrupción de la clase limeña aristocrática de la década de 1930 y destaca la descripción de una Lima en proceso de modernización. Al respecto, Reyes Tarazona afirma lo siguiente:

Duque es una novela que muestra a una Lima en trance de modernidad. Sus escenarios principales son los espacios más recientes creados por la nueva burguesía, en su intención de reproducir la forma de vida europea. La Lima de *Duque* es la del Oncenio. A través de las peripecias de sus personajes se pueden observar los cambios operados en la ciudad debido al impulso de las inversiones norteamericanas. El afrancesamiento de la antigua élite ha dado paso a los usos y costumbres anglosajonas. El golf, el tenis, las carreras automovilísticas, la sofisticada y turbulenta vida citadina, tienen su correlato en una prosa por momentos febril (2006:127).

En este ámbito limeño, confluyen, junto a fumadores de opio, consumidores de cocaína y otras drogas, y clientes frecuentes de los burdeles del Callao, caballeros con un vicio particular: los muchachos. La homosexualidad será para Diez Canseco, desde un punto de vista masculino y dominante, el mayor indicador para argumentar dicha decadencia.

Es necesario destacar que la crítica que hace, en esta novela, Diez Canseco de la clase social a la que pertenece es mucho más efectiva y verosímil en la medida que se realiza desde adentro, es decir, la voz que critica es autorizada por ser parte del mismo círculo (y, por lo tanto, conocedor de él) al que está censurando y, en todo caso, la intención del autor, al utilizar, el tema de la

homosexualidad, es brindarle un efecto lapidario a su crítica, pues lo relacionado con los fumaderos y los burdeles ya era una idea recurrente, conocida y, hasta podría decirse, aceptada de manera velada en la sociedad limeña de la década de 1930. Sobre esto, Birger Angvik propone:

Si la novela *Duque*, además de presentación, identificación y reflejo es, como implican críticos arriba mencionados, una crítica de lo representado, el texto debe incluir una "tercera dimensión" añadida al reflejo. Esta tercera dimensión tendría que ser una que distancie al lector del universo y le capacite para ver más que los personajes implicados en el texto y la "realidad" allí reflejada. Parece ser la dimensión en la que nace la ironía, la parodia, la caricatura y la sátira, y que hace que la novela sea no solamente un reflejo de la "realidad," de la "vida" y de la ideología, sino también otra cosa que implica todo esto y algo más, visto desde un ángulo distorsionador y crítico (1992:343).

Por su parte, Mario Castro Arenas, en *La novela peruana y la evolución social*, reafirma lo anotado por Sánchez y, posteriormente, por Escajadillo: la novela de Diez -Canseco se configura como una representación auténtica de la alta burguesía limeña de la década de 1930. Los tres investigadores coinciden en la validez de la denuncia de Diez - Canseco a través de su novela en la medida que, al ser este parte de la sociedad criticada, el efecto de dicha denuncia es más notable y la descripción de espacios y personajes es más verídica.

Diez - Canseco (1904 - 1949) pudo llegar a ser el gran narrador urbano de los treintas, el más brillante, descarnado, fidelísimo pintor de la gran burguesía limeña, extranjerizante por snobismo, licenciosa por abulia, malsana por inclinación. Tenía dos facultades fundamentales para lograrlo: en primer lugar, talento narrativo; en segundo término, procedía del medio social que abomina en "Duque". Estaba, pues, en posición de describir *desde dentro* las caídas morales, las grandezas y miserias del grupo social, entrevisto sólo borrosamente hasta entonces, a través de la novela

nacional (1970: 245).

Castro Arenas plantea, además, que Diez - Canseco logró, en esta novela, representar fielmente a la heterogeneidad de personajes que devienen en arquetipos de la sociedad burguesa de los años 30: los nuevos ricos, los aristócratas en decadencia, los criollos, los consumidores de opio y los clientes de cabarets.

“Duque” debe entenderse como una imagen de la decadencia moral de la burguesía de Lima allá por los treintas. Una imagen calidoscópica en la que podemos distinguir desde el arrivée social hasta la familia de pujos aristocráticos en proceso de decadencia, desde la nueva burguesía en la que británicos apellidos se enlazan a casas de origen criollo español hasta el intelectual de clase media esterilizado por el opio. La vida sentimental del adinerado Teddy Crownchield Soto Menor, su flirt con una muchacha limeña y su oscuro affaire con un pederasta, constituye el pretexto argumental que nos abre la puerta de la degradada vida secreta de la burguesía metropolitana (1970: 248).

Por otra parte, Tomás Escajadillo es uno de los investigadores nacionales que más se ha ocupado de la producción de Diez Canseco (con justicia, el que más la ha analizado) Desde su tesis para obtener el grado de bachiller, ha estudiado al autor mencionado y lo ha considerado un precursor de la literatura urbana limeña que llegaría a su expresión más difundida con los cuentos de Julio Ramón Ribeyro y las novelas de Alfredo Bryce Echenique, Enrique Congrains, entre otros: “Creo que Diez Canseco es uno de los pocos autores sobre los cuales se puede argumentar que influyeron en el grupo de mediados del cincuenta. Hay que examinar los estratos sociales de los cuales emergen sus criaturas y cotejar a estas con los personajes literarios posteriores” (Escajadillo 1985: 96). En *Duque*, la narración recorre diversos espacios de la ciudad como el centro de Lima, Barranco, San Isidro e, incluso, el Callao y el modo en el que Diez Canseco describe estos lugares

será heredado por los autores mencionados líneas arriba, en la medida que este, en su relato sobre la capital, conjuga elementos diversos que conforman los espacios de las clases altas y de los sectores populares.

José Diez Canseco será considerado un representante notable de la novela de la costa y, por ello, se posiciona como una figura fundadora de la narrativa urbana del país: “Pero es el Diez - Canseco narrador de la costa el que más nos interesa, y el que, asimismo, más ha influido en el proceso de nuestra narrativa. El mismo novelista era consciente de sus limitaciones para intentar una novela de la sierra, y por ello mismo se detiene en lo que denomina ‘media sierra’ (Escajadillo 1985: 94).

Para llevar a cabo la narración de estos espacios urbanos limeños, Diez Canseco elige y desarrolla con maestría personajes populares como el hombre de barrio, el desposeído, el macho y el criollo (Escajadillo 1985: 94). No obstante, en *Duque*, va a reconfigurar al macho y al criollo y, sin perder sus características, los va a trasladar al ámbito de la Lima burguesa de los años treinta: de ese modo, aparecerán personajes como Rigoletto, Carlos Astorga, Suárez Valle, entre otros. En ese sentido, Diez - Canseco analiza certeramente los diversos estratos sociales de la Lima de su época y “el sutil contrapunto entre los hombres y entre los espacios de la ciudad” (Vidal 1986: 19).

Asimismo, Escajadillo propone que Diez Canseco es un “autor - puente” en el proceso de la narrativa nacional. Para explicar esto, afirma que se debe establecer una relación entre la producción de Diez Canseco y Martín Adán, puesto que sus novelas *Suzy* y *La casa de cartón*, respectivamente, parecen representar una posible “secuencia de la novela peruana del ambiente urbano - amable - señorial - de - balneario” (1985: 92). Además, Diez Canseco sería, en la década de 1930, “el único autor puente entre la naciente narrativa de ciudad y esta eclosión, 25 años después, con la generación de Ribeyro y Congrains Martin” (Escajadillo 1997: 92).

Sobre la relación entre *Duque* y la novela de Adán, Escajadillo indica lo siguiente:

De otro lado me interesa afirmar la influencia que tiene también *Duque* de esas mismas inquietudes de renovación que iniciara *La casa de cartón*, si bien ahora el ambiente - físico y espiritual - ha cambiado; de la paz del balneario hemos pasado al tráfico de la ciudad; de la “amabilidad” con que se recrean ambientes burgueses (envueltos en la dulce añoranza de la infancia, en *Suzy*, pero burgueses al fin y al cabo), hemos arribado a una recreación de intención demoledora de la gran burguesía limeña de los años treinta, intención y planteamientos sorprendentemente similares a una novela muy posterior, última, *En octubre no hay milagros*, de Oswaldo Reynoso Y que nos llevaría a pensar en una notable novela recientemente editada en España, *Un mundo para Julius* de Alfredo Bryce (1985: 93).

Se observa, pues que, aunque se trata de novelas recientemente publicadas (las de Reynoso y Bryce), Escajadillo ya pudo establecer una conexión entre ellas y la novela de Diez Canseco publicada en 1934. Justamente, al proponer la existencia de una continuidad en la narrativa peruana que establece una relación entre Diez Canseco y escritores como Ribeyro, Congrains, Vargas Llosa y Bryce, Escajadillo señala que, innegablemente, *Un mundo para Julius* es deudora de *Duque*. Afirma que Bryce “ha subrayado en varias oportunidades no haber sido influido por autores nacionales ni latinoamericanos, sino, más bien, por escritores europeos y norteamericanos. Puedo dar fe de que Bryce no había leído *Duque* (1934), de Diez - Canseco, antes de terminar *Un mundo para Julius* (1970); el propio Bryce ha manifestado, muy peculiarmente, que aún sin haberla leído, la novela de Diez - Canseco influyó en *Un mundo para Julius* (1997: 96).

Al respecto, Reyes Tarazona, en su ya mencionado estudio sobre el aporte de Escajadillo a la crítica y a los estudios literarios del país, detalla cómo este logró establecer conexiones y elementos comunes - y diferencias esenciales también - entre *Duque* y *Un mundo para Julius*:

Así tenemos que los personajes, caracterizados como pertenecientes a la vieja y a la nueva burguesía, se desenvuelven tanto en los escenarios y espacios modernos, como el Country Club y los links de golf de un club exclusivo, como en un lugar tan tradicional como la plaza de Acho. A ello se suman el uso de anglicismos, la crítica de los modales y comportamiento de su propia gente, la ironía y el cinismo. Pero a Escajadillo no se le escapan las diferencias, pues los narradores son un intelectual adulto y un niño en cada una de las novelas - *Duque* y *Un mundo para Julius*, respectivamente -; y, mientras que la primera es una novela de personaje, la otra es lo que se conoce como novela de aprendizaje, etc. (2011: 346 - 347).

En efecto, *Duque*, al igual que las novelas mencionadas, presenta una Lima en la cual la clase burguesa de la década de 1930 es retratada sin idealismo y nostalgia. Por el contrario, los personajes de las mencionadas novelas serán presentados inmersos en la decadencia y sordidez de una Lima que recién se está convirtiendo en una urbe propiamente dicha.

En este repaso de la investigación de Escajadillo sobre José Diez - Canseco, no puede no incluirse al prólogo que este hace a la edición de *Duque* que publica Peisa en 1973. En él, se destaca la agilidad y el dinamismo de la narrativa de este escritor para describir a los espacios representativos y a los personajes de esa burguesía criolla limeña de la década de 1930:

Una de estas virtudes es su agilidad. Diez - Canseco está trabajando con una auténtica preocupación por adecuar su escritura a las corrientes de la ‘vanguardia’ que imperaban en aquellos años.[...] Al releer estas páginas publicadas en 1934 sorprende la destreza que posee Diez - Canseco para pintar con rapidez ambientes, para variar de escenario con agilidad y eficacia, para presentar personajes secundarios o imágenes visuales con gran economía de medios; apenas unas pinceladas y ya consigue la pintura ambiental que busca (Escajadillo 1973: 13 - 14).

En efecto, Escajadillo anota que el cuadro que brinda Diez - Canseco de lugares tan significativos en la narrativa urbana nacional como el Country Club y el Palais Concert es veraz sin llegar al retrato minucioso y recargado. El acercamiento a estos es rápido, pero certero y no, por su brevedad, es menos efectivo y auténtico: “en verdad, hay muy pocas novelas peruanas que se hayan atrevido a tanto; Diez - Canseco sale airoso de esta suerte de mostración vertiginosa de los múltiples rincones de la ciudad de Lima de aquel momento” (1973: 15).

Peter Elmore también realiza algunas anotaciones de *Duque* en comparación con *La casa de cartón*. Él destaca la crítica a la alta clase limeña propuesta en esta novela. Señala cómo se pone en duda la moralidad de este grupo de poder que transita por la ciudad buscando experiencias que están en venta y establece elementos portadores de estatus. Asimismo, la Lima de las décadas de 1920 y 1930, como ya se ha afirmado, es un espacio que recién estaba formando su identidad como urbe. Esto se produce por el intento de modernización evidenciado en las obras inauguradas durante el gobierno de Leguía y, por otra parte, por la proliferación de espacios de encuentro social que marcaban la pauta de la moda:

El ocio, paradójicamente, nutrió a la economía de la ciudad. Restaurantes, cafés de moda, teatros cines, clubes privados y balnearios acogieron a un público que disponía de tiempo libre y dinero. No se trata, por cierto, de afirmar que la mayoría de la población disfrutaba de unas vacaciones perpetuas financiadas por un Estado excepcionalmente dispendioso. Los privilegios de la buena vida le estaban reservados a un grupo minoritario, pero ese grupo se acrecentó tanto en número – piénsese, por ejemplo, en los beneficiarios directos de la amistad de Leguía – como en poder adquisitivo (Elmore 1993: 90).

Otro acercamiento a esta novela de Diez - Canseco es el que realiza Hernán Nuñez Tapia (sin dejar de considerar el aporte de Escajadillo en el estudio de la obra de Diez - Canseco). Inicia indicando la polémica ocurrida en Santiago por la publicación de la novela.

Esto generó reacciones públicas de rechazo, ya que se consideraba que los temas tratados en este texto no deberían haber sido escritos ni, mucho menos, publicados (Nuñez 2011: 361).

Diez - Canseco defendería su trabajo en un primer momento; sin embargo, como ya se ha mencionado líneas arriba, desmerecería *Duque* aduciendo que fue escrita sin planificación ni perspectiva. Asimismo, Nuñez plantea que, de publicarse en la actualidad, *Duque* se convertiría en un rotundo éxito editorial en vista de lo polémico de su temática:

Campean aquí y allá los placeres del sexo y el buen licor y otros estimulantes. Con esos caracteres van engarzándose las pequeñas historias de amores y amoríos: de la novia con el mejor amigo del novio, de la madre con el mejor amigo del hijo, de sexualidad *no convencional*. En fin, un retrato característico de la alta clase: envilecida en su decadentismo, en sus desmesuras y en su indiferencia social (2011: 363).

Hasta ahora, todos los acercamientos que se han repasado no estudian o abordan al homoerotismo y homosexualidad como elementos medulares de la novela. Es sorprendente comprobar cómo los autores mencionados en esta primera parte del primer capítulo solo han mencionado esto para manifestar las polémicas surgidas al momento de la publicación de la novela o para, en todo caso, realizar un recuento de la producción narrativa nacional que incluye a personajes homosexuales.

Existe, pues, un evidente e intencional silencio respecto de este tema, panorama que empezó a cambiar gracias a la aparición de la tesis de Esther Castañeda Vielakamen y a la aun tímida difusión de la teoría de género entre la crítica y los estudios literarios en el Perú.

Entonces, no es posible dejar de considerar el trabajo de Castañeda si se quiere lograr un mapeo verdadero de los estudios que sobre *Duque* se han realizado. Se trata de su tesis de bachiller en San Marcos, la cual se tituló *Duque: representación e ideología*.

En ella, la investigadora trabajó el tema de la sexualidad desde tres tramas narrativas, de las cuales, la segunda explica la relación entre Teddy y Carlos Astorga. Castañeda señala que Diez – Canseco, al utilizar la homosexualidad como estrategia de crítica y denuncia, solo la trata soslayada y fragmentariamente, y se muestra reticente a la narración total de la relación entre los personajes mencionados: “la trama 2 señala la relación homosexual de Carlos Astorga y Teddy cuya evolución secuencial no sigue un orden correlativo. Se aprecia quiebres temporales que hacen que la historia muestre ocultamientos y ambigüedades, especialmente en la ubicación del inicio de esta relación (1975: 6).

Además, Castañeda destaca la importancia del espejo como elemento desequilibrante de descubrimiento, que será para Teddy un medio para asumir sus experiencias homosexuales como parte constitutiva de su subjetividad y, por ello, reconocerse a sí mismo como abyecto.

La temática del sujeto homoerótico, la homosexualidad y el travestismo cuenta con una larga tradición en la narrativa peruana. Si bien han aparecido relatos y novelas tan significativas como *Lorenzita* de Manuel Atanasio Fuentes, *El goce de la piel* de Oswaldo Reynoso y *No se lo digas a nadie* de Jaime Bayly, se afirma que “el personaje homoerótico masculino tiene pocos antecedentes en la narrativa novelística en el Perú: *Duque* (1934) de José Diez Canseco, *En busca de Aladino* (1993) de Oswaldo Reynoso y *Salón de belleza* (1994) de Mario Bellatin” (Velázquez, 2002:49). Por lo tanto, es necesario remitirse a *Duque* por tratarse de una novela fundadora en cuanto al tema, pese a la diferencia de perspectivas con las que los autores mencionados y Diez Canseco trabajan.

CAPÍTULO 3

3. Teddy y los desplazamientos de las masculinidades

3.1. De la feminización a la abyección:

Como se ha observado en el capítulo introductorio, Teddy Crownchild, desde su retorno a Lima luego de su larga estadía en Europa, ha sido identificado y asumido por los amigos de su entorno de manera distinta a como se perciben entre ellos. Sin manifestarlo expresamente, han asociado su cuerpo, sus modos y hábitos con lo femenino. Por ello es que, de todo el grupo, será el único que se convertirá, para los demás, en un sujeto que sí calza con los presupuestos sociales de la homosexualidad. Como se consignó en el segundo capítulo, dentro de un campo de poder, existen diversos estatutos de masculinidad que pugnan por alcanzar el lugar de lo hegemónico.

3.1.1. Lo femenino como obstáculo para entrar en la masculinidad hegemónica

Recordemos que “la masculinidad hegemónica puede definirse como la configuración de la práctica de género que incorpora la respuesta aceptada, en un momento específico, al problema de la legitimidad del patriarcado, lo que garantiza (o se considera que garantiza) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connell 1995: 117). En la novela, la masculinidad hegemónica en el grupo social representado se rige por el poder económico, el reconocimiento a partir del apellido y la inclusión en una especie de ley nocturna, la cual funciona y tiene su pilar en el silencio protector que, sobre estas actividades, mantienen los miembros de esta sociedad de limeños de la década de los 30: “Ráez contó entonces la aventura del Blanco. Omitió a Lissette y las copas demás. Después inventó una aventura, en que Teddy, con un *hook*

preciso, neto, había tendido a un marinero borracho que se le había insolentado” (1934: 105). Es necesario recordar aquí que dicha ley nocturna consistía en la visita a burdeles, borracheras, consumo de drogas y encuentros sexuales con muchachos. Otro aspecto que caracterizaba a la masculinidad hegemónica de estos caballeros limeños era que, ya públicamente, solían ser solicitados - los solteros - por las jóvenes de su sociedad. Esto es afirmado por Carlos Suárez Valle cuando Teddy se muestra preocupado por sus coqueteos con Beatriz:

¡Ja, ja! Lo que tenemos que hacer es afearnos, porque apenas nos ponen pantalones largos, somos buenos partidos... En Lima la pesca es ya una institución familiar. Felizmente, yo he tenido la suerte de escurrirme entre ¡cuántas redes! [...] Estas cosas son indispensables para una muchacha: usted está recién llegado de Europa, trae un ropero completo; hay un prestigio de millones, de haciendas, de acciones, de Napier y Citroen, de... ¡qué sé yo! Usted viene a ser para ella el motivo de envidia de sus amigas, y el muchacho agradable que baila bien, que es fino, que es galante, que invita, y... ¡nada más! Es una exageración suya eso de asustarse... (1934: 110 – 111).

Uno de los factores principales que generan el alejamiento de esta hegemonía de la masculinidad es la proximidad a lo femenino. No obstante, es necesario indicar que, para que una determinada subjetividad masculina pueda adentrarse en dicha hegemonía, será fundamental la negación de aquello.

Es decir, lo femenino será parte constitutiva de lo masculino en la medida que solo se adquiere un lugar seguro y privilegiado dentro de ésta a través de la negación de esa sustancia femenina. Al respecto, Norma Fuller señala:

Se hace evidente que la identidad del sujeto se basa en un presupuesto inicial: lo masculino es el modelo de la humanidad. Esta proposición descansa además en la oposición binaria por la cual la mujer se convierte en ausente, en la negación de lo cual lo masculino emerge como la instancia que condensaría las cualidades asociadas a lo universal, al saber y al poder. Por lo tanto, la unidad del varón se consigue a través de la expulsión de lo femenino que se constituye en la falta o el exceso del cual emerge el ser humano = hombre. Sin embargo, lo femenino (excluido) es parte constitutiva de lo masculino porque ocupa la posición del “otro” que permite que lo masculino emerja como lo uno, lo universal (2001: 1).

Entonces, lo femenino será un potente recurso para posicionarse o no en ese campo en el que están luchando las subjetividades masculinas por lograr la hegemonía. Los personajes de *Duque* han internalizado estas dinámicas, y, si bien asumen y relatan sus experiencias sexuales con jóvenes, jamás se asumen como homosexuales en la medida que se ubican completamente fuera del ámbito de lo femenino:

Rigoletto se dio un beso largo y tenue en las puntas de los dedos apiñados y murmuró con los ojos en blanco:

- Un hermanito de Pepe Camacho ... ¡Ay, Carlos! Recita algo, ¿quieres?

Teddy y Carlos lo llenaron de insultos. Un asco, sí señor, un asco. ¿A esa edad con esas cosas? Positivamente, asqueroso. Era absurdo, inexplicable que siguiese ese plan cochino.

Dulcemente, con ternura, repuso Rigoletto:

- Sus dieciséis años me limpian de toda mancha... Voy a entrar en el reino de los Cielos.
- Pero, ¿no te da vergüenza? - se sorprendió Teddy.

- Nene - replicó Rigoletto -, ¿tú no has estado en Oxford? ¿Y cuántas veces te habrán sorprendido en las “bombitas” que te dabas en París, y después cuando dormías esas borracheras, pero... ¡es cierto! Ni en el colegio, ni borracho, ni dormido, vale (1934:115).

Además, se evidencia que, en la mayoría de los casos, la declaración entre amigos del gusto de estos hombres por lo jóvenes es celebrada con risas y brindis en la medida que se toma como una especie de pasatiempo divertido que es inofensivo en tanto no se sepa más allá de ese círculo de confianza, en el que todos están protegidos por la separación entre lo público y lo privado, tema al que volveremos más adelante.

Asimismo, la feminización a partir de la preocupación por la apariencia física evidenciada en el uso de productos de belleza y cuidado, y en algunos otros aspectos que, normalmente, son asumidos en la esfera de la feminidad, pone en peligro a Teddy en el sentido que lo aleja de la masculinidad hegemónica que se configura en la Lima de la época (idea que, de muchas maneras, aún persiste). Lo mencionado se debe a que, como afirma Norma Fuller, en la construcción de la masculinidad se va a tomar en cuenta la apariencia, pero se deben rechazar los afeites y adornos femeninos (Fuller 2001:68). No es casualidad que la novela inicie con una escena en la que Teddy se encuentra en una encrucijada al no poder elegir qué corbata ponerse: “Ante ciento catorce corbatas, Teddy se hallaba absorto. Indiscutiblemente, Austin Reed – Regent St. London – eran unos salvajes. Y tuvo que confesarse que esas corbatas se las compró en un momento de inexplicable debilidad” (1934: 73).

Por otra parte, para explicar este mecanismo de feminización del personaje protagonista de Diez Canseco, se debe analizar la relación con la madre. Es significativo que el único referente familiar que le genera un apego emocional a Crownchield sea su madre, doña Carmen.

En efecto, se describe tan cercana la relación entre ellos que casi comparten el gusto y entendimiento de elementos tan asociados a lo femenino como productos de belleza y decoración del hogar. Carmen Soto Menor de Crownchield es descrita, en la novela, de la manera siguiente:

Dicha señora, doña Carmen Soto Menor de Crownchield, era definitivamente elegante. En el barco, después de siete whiskies, al invitarla a jugar un cuarto de robber de bridge para que se desquitase de tres perdidos, respondió con los ojos encandilados y la lengua acartonada, que “el cuarto se lo metían a la cama”. Cuando se hallaba en crisis de disfuerzo, soltaba “ajos” que olían a Cuir de Russie. Era una mujer refinada (1934: 75).

La relación cercana entre madre e hijo se vio fortalecida por el alejamiento del padre y la convivencia de ambos (Teddy y Carmen) en Europa debido a que “Mr. Edward Crownchield se había tomado ciertas libertades con fondos que no eran suyos” (1934: 75).

De allí que la crianza de Teddy, y sus hábitos y gustos hayan sido marcadamente influenciados por su madre. El refinamiento de esta es heredado por el protagonista y son esas características compartidas por ellos las que, como ya se mencionó, acercan a Teddy al entorno de la femenino. Reiteremos esta cita propuesta en la parte introductoria de este trabajo:

No sé qué era más femenino: si el dormitorio - boudoir de Teddy o el dormitorio - boudoir de Doña Carmen. En ambos había exceso de encajes, vasos de noche de plata, lamparillas eléctricas de color rosa en las mesas de noche, almohadones, veladores de toilette llenos de escobillas, polvos, cremas, leche Innoxa, Tabac Blond, Cuir de Russie, anillos, pulseras, relojes con Cupidos, manicure. Doña Carmen le llevaba ventaja a Teddy, en que este no usaba aretes ni toallas higiénicas (1934:76).

Otro aspecto resaltante de la relación entre Teddy y su madre es el grado de complicidad entre ellos. Se conocen a detalle. Por ello, ni doña Carmen se extraña ni escandaliza por la relación de Teddy con Astorga ni, mucho menos, Teddy reacciona mal o se opone a la relación de su madre con Carlos Suárez Valle. Carmen ha internalizado el modo “excesivo” de vida de su hijo y no le sorprenderán las consecuencias de esto.

La confianza es significativa entre ambos (ella, por ejemplo, es la primera en enterarse del interés de Teddy por Beatriz) y, además, existe admiración mutua:

Doña Carmen respondía sonriendo las preguntas de su hijo. En los ojos de la madre había un cariño orgulloso, viendo a su *boy* fuerte, lozano, estilizado por Londres y París, charlando tumultuosamente, con la elegancia y el atractivo del humour inglés y la picardía limeña. Ambos se entendían, se explicaban con una camaradería insólita entre madre e hijo. Clara confianza de amigos, confianza tranquila sabiendo los dos que nada se podrían hurtar en esa vida que vivían, muelle, serena, lujosa (1934: 107).

Como ya se ha afirmado, lo femenino en Teddy es, en gran parte, aportado por la madre. En ese sentido, es necesario señalar que características como la modestia, la limpieza, la pulcritud y la cortesía son consideradas como respuestas positivas a demandas femeninas, y no adecuadas en sí mismas, que formen parte de la conducta de un hombre cabal (Kimmel 1997: 53). Nuevamente, vemos cómo la masculinidad se construye o se afirma mediante el rechazo a la femineidad.

Como Freud proponía, el proceso edípico implica el alejamiento a la fuente femenina que significa su vínculo con la madre y su paulatina identificación con el padre como figura de autoridad y

opresión que le genera miedo. En ese sentido, Kimmel indica lo siguiente:

El muchacho ha llegado a identificarse con su opresor; ahora él mismo puede llegar a ser el opresor. Pero un terror se mantiene, el terror de que el joven muchacho sea desenmascarado como un fraude, como un hombre que no se ha separado completa e irrevocablemente de su madre. Serán otros hombres los que lo desenmascararán. El fracaso dejará de-sexuado al hombre, haciéndolo aparecer como que no es un hombre total. Será considerado un timorato, un hijito de su mamá, un afeminado (1997: 52).

3.1.2. La transgresión de la frontera entre lo público y lo privado:

Ya se había mencionado que, para realizar una denuncia efectiva de los vicios de su sociedad, Diez – Canseco, frente a la normalización (aunque sin salir del ámbito de lo privado y secreto), de estos hechos, escoge a la homosexualidad como símbolo de corrupción. Elmore indica que “la inmoralidad no es atributo de arribistas, sino un sello que define también a la mayoría de quienes ostentan pergaminos: hemos visto ya que Teddy desciende por línea materna de una marquesa y su inescrupuloso padre, por añadidura, proviene de un antiguo linaje británico” (1993: 126). Sin embargo, todo esto está protegido por el poder económico de los personajes, y, a su vez, en riesgo por la chismosa idiosincrasia de los limeños “que solo tolera pecados cuando estos nos trastornan los ritos de respetabilidad” (Elmore 1993: 132). Entonces, “el tabú no es tanto la homosexualidad – que una ética patriarcal encontraría monstruosa – sino el no saber guardar las apariencias” (Elmore 1993: 132 – 133).

Para abordar este punto, habría que considerar que la masculinidad hegemónica de los miembros de la alta sociedad limeña de los 30 está resguardada por la clara separación de lo público y lo privado. En ese sentido, en el ámbito de lo público, un hombre no puede ser ni mujer ni homosexual. Como ya se mencionó, las prácticas “sodomitas” de los personajes de Diez Canseco son conocidas, sin embargo, no es lo mismo disfrutar del sexo con jóvenes que ser homosexual. En todo caso, lo primero no se asume como parte esencial de la identidad, pero, de todos modos, no puede salir a la luz, puesto que lo que se perdona es el pecado, pero no el escándalo:

Pero estúpido y todo, él no podía substraerse al influjo de este hombre egoísta y diestro. Con una erudición pasmosa le habían hablado desde Sodoma hacia Londres narrándole toda la historia escabrosa del pecado bíblico. Adujo ejemplos: Sócrates, Platón, Wilde, Verlaine, Miguel Ángel, Shakespeare, Poe, todos los poetas malditos del sucio vicio. Y la historia turbia de este vicio, descrita en color y relieve por la fabla insinuante de Astorga, había desfilado ante su imaginación, ya seductoramente, ya vergonzante. Y así, Teddy admitió que no debía ser tan punible pero que había que guardar las apariencias. “Lo malo es el escándalo”, decía (1934: 141 - 142).

Se debe recalcar que la dicotomía de lo privado y lo público se presenta como un dispositivo de la diferencia sexual según Carole Pateman. En efecto, se ha planteado una relación de lo público con lo masculino y de lo privado con lo femenino, lo cual implica subordinación. Pateman afirma que lo público solo puede sostenerse gracias a lo privado y lo explica del siguiente modo:

La esfera privada es parte de la sociedad civil, pero está separada de la esfera “civil”. La antinomia privado / público es otra expresión de natural / civil y de mujeres / varones. La esfera (natural) privada y de las mujeres y la esfera (civil) pública y masculina se oponen pero adquieren su

significado una de la otra, y el significado de la libertad civil de la vida pública se pone de relieve cuando se lo contrapone a la sujeción natural que caracteriza al reino privado (1988: 22).

Entonces, lo público se mantiene (y legitima su estatus masculino y hegemónico) por la invisibilidad y represión de lo privado (lo femenino o lo homosexual, lo que se debe ocultar). Esto se convierte en un dispositivo psicosocial de disciplinamiento y, por ello, si sucede la irrupción de lo privado en lo público, aquello que emerge (de lo privado) desestabiliza el estatus mencionado y, en consecuencia, debe ser censurado, rechazado y repudiado: se ha convertido en lo abyecto, aspecto que se abordará más adelante en este capítulo.

Es necesario reiterar que la concurrencia a los fumaderos de opio, el consumo de cocaína y los encuentros sexuales con jovencitos eran *vox populi* en este medio y se aceptaban en la medida que se mantuvieran en aquel ámbito de lo privado y dentro de la dinámica “nocturna” de este grupo social. Es más, cuando Rigoletto aparece en la narración se presenta a sí mismo de la manera siguiente:

Teddy: te conozco desde hoy, y somos amigos desde hace veinte años. No uso monóculo, pero uso cocaína, que es lo mismo: una cochinada. Me consuelo con Lissette de las perradas de Pipo, ¿no lo conoces? ¡Un confite! ¡Dieciocho años sin anteojos! Puedo mandar medio Lima a San Lorenzo, pero ciertas debilidades... (1934:87)

Se puede observar, entonces, que, tal como lo afirma el mismo personaje, estas “debilidades” pueden manifestarse con cierta libertad, pero en el contexto específico de interacción entre estos sujetos, contexto al que Teddy es insertado a su llegada de Europa; no obstante, de salir a la luz (a

lo público), estaría sujeto a una sanción tan severa como la cárcel. En la siguiente cita, se puede confirmar cómo, frente a una mención explícita como “yo buscaría un doncel”, los interlocutores de Rigoletto casi estallan en júbilo.

- Y, ¿cómo es París? - interrogó displicente Rigoletto.
- ¡Bah! Casi lo mismo que Lima - respondió Teddy - las calles, algunas, más anchas. Más gente, más cabarets, más burdeles, más ramera, más vividores, más monumentos, el río más grande, la gente más sórdida: ¡París!

Camacho protestó. Rigoletto le hizo callar, pidiendo, por cuenta del protestante, otra tanda de tragos.

- Así es que, ¿lo mismo?
- Lo mismo, ilustre don Pedro. Usted entra a un restaurant: dispepsia segura. Pide usted vino: siempre es falsificado. Busca usted una mujer...
- ¡No, querido! Yo buscaría un doncel...

Todos rieron. De las mesas vecinas corearon las carcajadas.

- ¡Salud! ¡Salud!
- ¡Salud! - respondía Teddy, sonriente (1934: 89 - 90).

3.1.3. El cuerpo como construcción y repositorio del género

El cuerpo también contribuye en la construcción las subjetividades masculinas y femeninas. Según Judith Butler, el género es una “significación cultural que asume el cuerpo sexuado” (Butler 1998: 303) y su identidad se reproduce en las diversas maneras de actuar. Además, afirma lo siguiente:

Concebir el cuerpo como algo construido exige reconcebir la significación de la construcción misma. Y si ciertas construcciones parecen constitutivas, es decir, si tienen ese carácter de ser aquello “sin lo cual” no podríamos siquiera pensar, podemos sugerir que los cuerpos solo surgen, solo perduran, solo viven dentro de las limitaciones productivas de ciertos esquemas reguladores en alto grado generizados (2002: 14).

En ese sentido, se reflexiona sobre el cuerpo a partir de su relación con la constitución del género partiendo de la fenomenología. Entonces, el cuerpo también pasará por un proceso de construcción cultural, no solo por la manera como cada quien actúa su propio cuerpo, sino, también, por las convenciones implícitas que organizan el modo cómo se percibe culturalmente el cuerpo.

Estas se van a enmarcar en lo que Butler denomina performatividad definida como una repetición de actos constitutivos y normas que actualizan y delimitan las identidades de género. Al análisis de esta categoría volveremos más adelante.

En este punto, habría que considerar a la categoría de sexo relacionada a la idea de cuerpo, en la medida que, tanto la primera como la segunda se asumen como materialidades pre discursivas.

Como ya se afirmó, el cuerpo de Teddy no responde a las expectativas que, culturalmente, han sido impuestas para alcanzar la masculinidad hegemónica a partir del cuerpo: este es frágil y suave, características asociadas, más bien, a lo femenino. El cuerpo de los hombres debe lucir una pronunciada musculatura para indicar que posee fuerza, requisito para ser habitante de la masculinidad (Fuller 2001: 68). Sin embargo, el ser fuerte es distinto a gozar admirando lo fuerte. A manera de explicación de lo mencionado, se propone una cita de la misma novela:

- ¡Completamente cierto! Los toros, el box, en general, todo espectáculo en que se luzca habilidad, fuerza, poderío, destreza - vale decir los deportes -, despiertan en los hombres admiración para esa fuerza muscular, solo compatible con las mujeres. El hombre goza generalmente con lo débil, lo frágil, lo delicado, porque ello despierta en él un deseo, bien varonil por cierto, de proteger, de escudar. Los enfermos admiran, sobre todo, la salud. Y si un hombre goza con la fuerza, casi siempre está confesando su propia debilidad, su afeminamiento ante el tipo del macho sudoroso y bravo [...]
- Además, se comprueba fácilmente: los hombres débiles son los más ardientes aficionados a este espectáculo, y esa otra casta de hombres...raros, no pierden tarde de box o match de football. Para ellos y para las mujeres, el football viene a resultar algo así como un bataclán bastante excitante (1934: 143 - 144).

La cita anterior resulta interesante, ya que el fútbol, en esa época, no constituía el referente de masculinidad que es hoy. Incluso, se posiciona como un elemento para una mayor feminización. Se puede observar, entonces, que existen ciertos aspectos que conforman la identidad o subjetividad masculina que se presentan como una especie de repetición casi ritual de conductas.

En este punto, sería útil recurrir a la categoría de performatividad reelaborada por Judith Butler. Se debe insistir aquí sobre la identidad como elemento conformado por ciertas estructuras sociales por las cuales se internaliza un determinado rol social. Sin embargo, al ser esta una repetición de actos, y no un elemento fijo, constante y permanente es que nunca puede ser finita, absoluta y definitiva. Esto, por lo tanto, también conlleva un peligro latente de subordinación.

Además, para asentarse en la masculinidad, se les exige a los hombres ser fuertes y que su deseo debe orientarse hacia lo débil y frágil; mientras que aquel que desee lo relacionado a la fuerza será feminizado y denominado “raro”. Fuller, también, afirma lo siguiente:

El cuerpo masculino proporcionaría una base inmutable al orden social y de los géneros, ya que ancla en el cuerpo las cualidades morales, el vigor y la valentía que legitiman el predominio masculino y excluyen a las mujeres, que se caracterizarían por ser suaves y delicadas. Así, el orden de los géneros se encarna en el cuerpo a través de la fuerza, porque la autoridad y el dominio emanarían de los cuerpos fuertes. [...] A su vez, su opuesto, la fragilidad, es un rasgo que se asocia a lo femenino, por lo que acusar a un varón de serlo es una manera de disminuirlo, en tanto, lo feminiza (2018: 31 - 32).

3.1.4. Identidades homosexuales en disputa

Lo homosexual se encuentra estrechamente ligado a lo femenino y la feminización va a convertirse en un potente recurso discursivo que simbolizará la pérdida de la masculinidad hegemónica; es decir, lo femenino va a actuar como una frontera simbólica de lo masculino (Fuller 2001: 26). Del mismo modo, sobre este punto, Daniel Del Castillo afirma que lo afeminado es mucho más susceptible a ser estigmatizado como homosexual que - incluso - las demostraciones homosexuales abiertas (2001: 259).

En este punto, además, debemos recordar que no todos los homosexuales se posicionan en el mismo estadio de poder. Así como existen masculinidades hegemónicas y subordinadas, existen modos de

ser homosexual más legítimos y aceptados que otros. En todo caso, la homosexualidad siempre será un factor de alejamiento de la masculinidad, sin embargo, se validará algunas subjetividades homosexuales sobre otras. Connell, sobre esto, propone que existen ciertas convenciones establecidas de lo que debe ser un sujeto homosexual. Estas dirigen un proceso uniforme de conformación de la identidad homosexual o “salida del clóset” que tendría las etapas siguientes: prehistoria (vida familiar), preparación (inseguridad en la adolescencia), contacto (primeras experiencias sexuales con hombres), reconocimiento (asumir el ser gay), inmersión (establecimiento participación activa en los circuitos y prácticas homosexuales) y consolidación (establecimiento de la vida en pareja, cercanía con otros gay, participación en organizaciones homosexuales y salida del clóset) (1995: 210).

No obstante, no todos los sujetos vivirán este proceso de conformación de la identidad homosexual de la misma manera ni uniformemente. Justamente, son aquellos que no han pasado por este proceso “regular” quienes no se podrán instalar en la homosexualidad hegemónica: “la claridad de la secuencia es engañosa y el resultado no es la identidad homogénea que la psicología del yo suponía y de la cual estos modelos de etapas dependían” (Connell 1995: 210).

Los que sí lo hicieron y cumplieron los “requisitos” mencionados asumirán una posición de poder que les permitirá infravalorar determinadas identidades homosexuales, como, por ejemplo, aquellas con características femeninas. Por el contrario, Astorga no se ubicará en el ámbito de lo censurable y abyecto en la medida que, como se mencionará más adelante, asume sus experiencias homosexuales como un pasatiempo y no como una identidad. Así pues, se observa, una vez más que lo femenino como un recurso poderoso de subordinación y Teddy, al ser identificado con estas características, tendrá ya determinado su destino, el cual implicará el destierro de Lima.

Teddy se derrumbó en un sillón. Luego, femenina y torpemente, un hipo de llanto le alzó el pecho. Carlos le miraba con dos arrugas despectivas a los lados de la nariz de vieja raza. Pueril e hipando amenazó Teddy:

- ¡Mañana me largo! ¡Esta tierra es infecta! ¡No vuelvo más! ¡No quiero saber más! ¡Voy a vivir! ¡Como me dé la gana! (1934: 193).

Es evidente que se rechaza radicalmente la homosexualidad (rechazo agravado en el contexto donde se desenvuelve la novela) cuando se manifiesta ligada a la idea de feminidad, por lo que es más homosexual y repulsivo aquello que adquiera más características femeninas, ya que se le relacionará con lo abyecto, en tanto que, a partir de él, se reconoce lo que no se quiere ser y se trazan las distancias. Con ello, se puede inferir que los demás personajes se posicionan en función de la distancia que toman de Teddy.

En efecto, Teddy, Astorga y Rigoletto realizan prácticas sodomitas, pero ninguno de ellos se considera homosexual. La diferencia es que el protagonista, al quedar en evidencia su relación con Astorga y por las consideraciones sobre su cuerpo y hábitos que ya se han mencionado, se convierte en lo abyecto que se debe expulsar. Dicha expulsión, lo que genera, finalmente, es el fortalecimiento del grupo de pares (los miembros de su sociedad) y su permanencia en la masculinidad hegemónica.

En este punto, se debe considerar, según lo propuesto por Connell respecto de la heterosexualidad obligatoria. Esta categoría analiza el binomio masculino / femenino como eje fundamental de la organización de la vida en sociedad.

Por lo tanto, solo serán legítimas las relaciones heterosexuales, mientras que las homosexuales serán cuestionadas y valoradas negativamente: “la relación entre la masculinidad hegemónica y la homosexual ha supuesto que el sexo entre hombres es un crimen, lo mismo que la intimidación y la violencia fuera de la ley” (Connell 1995: 213 - 214).

En efecto, la obligatoriedad de la heterosexualidad para mantenerse en la masculinidad hegemónica es un aspecto internalizado por los personajes de *Duque*, ya que nunca se van a asumir como sujetos homosexuales, sino que, como ya se mencionó, esto se considerará como una especie de pasatiempo. Así pues, esto no supone asumir una identidad: al ser considerado solo un pasatiempo, no se quiebra la masculinidad hegemónica. Por su parte, Teddy, al rechazar la relación con Astorga se cuestiona esto:

- Si un tipo nace invertido, ¿qué va a hacer? ¿Pero yo? ¡Yo no! Yo he nacido normal, bien constituido. Entonces, ¿por qué caí? No fue sino la labia del otro que me rindió, que me ensució en esta abyección. ¡Demonio, demonio! Pero eso sí, nunca más. *God damn!* ¡Nunca, nunca!
- ¿Pero acaso no sabía que no reincidir no significaba nada? El hecho cometido no se lo podía perdonar el no repetirlo. Repetirlo no hubiese sido enfangarse más. ¡No! Ni Wilde, ni Verlaine, ni Miguel Ángel, ninguno disculparía ni con sonetos ni con novelas el acoplamiento de dos hombres. Y eso, ¡demonio!, ya estaba realizado. Y no fue una vez: treinta y ocho días, ¡treinta y ocho días mancebo de un hombre! (1934: 160).

Entonces, es este reconocimiento lo que genera rechazo y pánico en tanto que pone al sujeto frente a un “peligro” constante, ya que, en todo caso, aquello que se teme es parte constitutiva de las identidades y, por lo mismo, es más difícil de mantener a raya.

Asimismo, es importante considerar aquí que Teddy, al asumirse como mancebo de Astorga, reconoce la masculinidad hegemónica de este y la abyección de sí mismo, es decir, ya irá asumiendo su experiencia homosexual como una identidad.

Este es uno de los presupuestos y puntos de partida de la homofobia: “la huida homofóbica de la intimidad con otros hombres es el repudio al homosexual que está dentro de sí, tarea que nunca es totalmente exitosa y que por esto es constantemente revalidada en cada relación homosocial” (Kimmel 1197: 56).

3.2. La abyección y el retorno a la masculinidad

Teddy fue convencido por Carlos Astorga - padre de Beatriz, la prometida del protagonista -, mediante elogios a su figura y proceder designados como delicados, para sostener encuentros sexuales frecuentes. Estas experiencias, casi inexplicables para el protagonista, fueron repudiadas cuando se observa en el reflejo de un espejo y se da cuenta de los que está haciendo, lo que le genera rechazo hacia él mismo:

En el Packard de Astorga, llegaba este con Crownchield.

- ¿Qué tendría? Salvo que un prejuicio religioso...
- No eso no...
- ¿Entonces? Yo no te pido sino una amistad cierta, real, sin prejuicios.
- La tienes...

- Sí, pero de lejos. ¿No comprendes que en esto hay una locura de la cual no puedo - ¡y no quiero!
- escapar? Yo no te pido la brutalidad de... eso que adivinas. Te pido la... cosa efusiva de dos amigos que se estiman, se quieren con un poco de más altura y sinceridad que esta gente estúpida que no ve en “esto” sino la brutalidad inmediata, perentoria. Esa misma amistad de los griegos...
- ¡No me vengas con literatura!
- No es literatura. Es ¡todo!

Llegaron (1934: 139).

Teddy Crownchild ha vivido estas experiencias con Astorga casi a ciegas en la medida que no se logra explicar claramente cómo fue que ocurrió, cómo fue convencido de sostener esta relación con el padre de su novia y cómo pudo mantenerla durante un tiempo significativo “y tan tranquilo. Nada de aspavientos. Era, para ambos, natural y sencillo” (1934: 1158).

¿Cómo fue? ¿Cómo pudo, rápido y astuto, rendir al mozo? ¿Cómo fue que él, Roberto Crownchild Soto Menor, ocurriera al sucio cubil donde le aguardaba el sucio demonio sodomita? ¿Cómo fue que, amante de Beatriz, se rindiese al inexplicable influjo del casi padre de su hembra?

Lo cierto es que fue. Astorga le espera con un lunch copioso: sandwiches y licores fuertes. Bebieron primero. Luego, con el pretexto del calor se despojaron del saco. Tornaron a beber. Astorga aprovecha del otro su débil resistencia al alcohol. Una vez encandilado, todo fue sobre rieles (1934: 158).

Es necesario anotar aquí que Teddy ya ha vivido experiencias similares durante su estadía en Europa, pero recién al descubrirse en el espejo (elemento de reconocimiento) con Carlos Astorga, se redescubrirá, a su vez, a partir de una subjetividad homosexual.

Él sabía que esos pecados en sus años de colegial eran disculpables no por ignorancia, sino por sus pocos años que lo ponían en condición inferior a otros mayores. Él sabía que si había soportado esa vergüenza, allá en París, fue para no soportar una paliza. De esos malos pasos no tenía él culpa alguna, ¿ahora?

Ahora, con veinticinco años, mozo corrido, frecuentador de entretenidas y cabarets, ¿qué disculpa podría alegar? Inútil la vergüenza, ¡y todo inútil! (1934: 160 - 161).

Si recordamos el episodio del espejo en el cual Teddy toma conciencia del tipo de relación que estaba manteniendo con Carlos Astorga, observamos que se concreta el terror y posterior rechazo a lo homosexual: “¡Y se vio! Vio allá en el fondo de la luna impasible, el acoplamiento de dos hombres. No, no eran él y Astorga. Eran otros a quienes él no conocía y acaso por esto le pareció más asqueroso y peor. Para no ver hundió la cara, roja de ira entre los brazos sin vellos” (1934: 159).

En sus años escolares, las prácticas homosexuales podrían justificarse como un mecanismo de defensa que se constata como maniobra de feminización. Partiendo de un presupuesto psicoanalítico, la masculinidad ha tenido como origen una fuente femenina: la relación con la madre en el periodo edípico que no ha sido superada, y se hace manifiesta en la pubertad y adolescencia.

Debido a ello, los hombres deben activar mecanismos de negación de lo femenino. Uno de estos mecanismos consiste en proyectar violentamente el desconcierto causado por la aparición de la pulsión femenina en aquellos muchachos que, por su físico, debilidad, suavidad o afeminamiento, van a convertirse en abyectos. A partir de ellos, la masculinidad de los adolescentes agresores se ve fortalecida (Fuller 2001: 2-5).

Asimismo, es fundamental anotar que, en todo caso, los procesos de identificación y construcción cultural del cuerpo, como ya se ha mencionado en el capítulo anterior, tendrán como elemento fundamental y preponderante a la heterosexualidad, de modo que se convertirá en una especie de sistema hegemónico que, para legitimarse, necesita de un otro del cual, además, urge diferenciarse.

Butler, sobre esto, afirma que dicho sistema “requiere pues la producción simultánea de una esfera de seres abyectos, de aquellos que no son ‘sujetos’, pero que forman el exterior constitutivo del campo de los sujetos (2002: 19).

Entonces, resultaría, en este punto, bastante útil la categoría de abyección propuesta por Butler también. En ese sentido, un sujeto abyecto es fundamental en la formación de los sujetos, puesto que, a partir de él, los demás reconocen lo que no quieren ser y se trazan las distancias.

Lo abyecto designa aquí precisamente aquellas zonas ‘invivibles’, ‘inhabitables’ de la vida social que, sin embargo, están densamente pobladas por quienes no gozan de la jerarquía de los sujetos, pero cuya condición de vivir bajo el signo de lo ‘invivable’ es necesaria para circunscribir la esfera de los sujetos [...] En ese sentido, el sujeto se constituye a través de la fuerza de la exclusión y la abyección, una fuerza que produce un exterior constitutivo del sujeto, un exterior abyecto que,

después de todo, es ‘interior’ al sujeto como su propio repudio fundacional” (Butler 2002: 20).

El rechazo de lo abyecto es fundamental para distanciarse y diferenciarse de lo que no se quiere ver ni ser (aunque forme parte de aquello que lo niega). Sobre esto, Fuller señala que “es precisamente la operación de repudio la que permite definir cuáles son los rasgos masculinos y visualizar como una identidad fija y estable. De este modo, lo abyecto actúa como un agente activo que amenaza al sujeto con la pérdida de su identidad - en este caso masculina - y lo fuerza a reafirmar constantemente sus límites” (2018: 29).

En efecto, Teddy se convertirá en ese espejo en el que los demás no quieren mirarse y, mucho menos, reconocerse. Se debe reiterar aquí que la presencia desestabilizante del protagonista vulnera la frontera de lo público y lo privado, en tanto que su vínculo con Carlos Astorga ha trascendido y amenaza con poner en evidencia la “vida secreta” de algunos miembros de la alta sociedad limeña.

Se puede observar, como ya se mencionó líneas arriba que, tal como lo afirma Rigoletto, estas “debilidades” pueden darse con complicidad del entorno y al amparo de una posición social privilegiada. aspectos que, de alguna manera, amortiguan la censura, el rechazo y, por ende, la subordinación.

La abyección, además, se relaciona con el cuerpo, puesto que existirán cuerpos que no calzan en los presupuestos de lo masculino y femenino, es decir, no habitan su ideal de género y deben ser repudiados, expulsados y convertidos en los otro: lo abyecto.

Como ya se observado, Teddy (su cuerpo) se encontrará en esta frontera brumosa que lo pondrá en peligro, pero que, aún resguardado por su estatus social, su condición de recién llegado de Europa y la permanencia de sus relaciones con Astorga en la ya mencionada ley nocturna, no ha caído todavía en lo abyecto.

Esto ocurrirá una vez que se conozca lo sucedido con el padre de Beatriz, lo que lo obligará a desaparecer. En este caso, uno de los modos en lo que se construye y se afirma la masculinidad hegemónica de los personajes de *Duque* es a partir de lo que se debe negar y expulsar: nuevamente, lo abyecto.

Teddy no entiende por qué, a sus veinticinco años, ha accedido ser el mancebo del padre de su novia, pues este muestra un discurso en oposición a la homosexualidad. Esta disyuntiva se puede explicar a partir de la activación del deseo homoerótico no superado en la adolescencia que ha dejado en él ciertas marcas que ponen en desequilibrio su masculinidad en crisis. Teddy buscará insertarse y construirse como hombre apelando a lo que Fuller denomina “el cuerpo doméstico de las representaciones sobre la masculinidad”, que se define en el matrimonio, la familia y la paternidad (Fuller 2001: 27); y, para lograrlo, intenta casarse con Beatriz, además de asumirse con hijos y una vida feliz, en familia, lejos de Lima. El matrimonio, en este sentido, se presenta como un escape y así lo expresa Suárez Valle en una conversación con Teddy:

Todos - yo no, que soy muy feo - han tenido, cual más, cual menos, alguno de esos tipos que le accediera. Además, usted quiere a Beatriz. Cásese. Nada le impide realizar este matrimonio. Carmen tendría un placer en ello y todo se solucionaría con un viaje a Europa para no volver más. A Astorga le retienen aquí su oficina y su petróleo. Nunca más volverían a verse. ¡No sea tonto, amigo mío!

- ¿Casarme? ¿Qué solucionaría el matrimonio? ¿Y con qué cara?
- ¡Con esa que Dios le ha dado! Y el matrimonio solucionaría... No, el matrimonio no solucionaría nada, pero sería un acicate eficaz para que usted aprendiese a vivir al margen de una serie de pequeñeces. Hágalo y no se arrepentirá (1934: 162 - 163).

Este diálogo es revelador en la medida que no hay una condena por lo ocurrido con Astorga, sino que lo que importa es, como ya se mencionó, guardar las apariencias. Lo que Carlos Suárez le dice a Teddy es que no es necesario que cambie de vida y que no necesita eliminar sus deseos homoeróticos para resarcirse en su sociedad: solo debe aprender a vivir esta doble vida, rasgo típico de la convivencia limeña: “Precisamente, el matrimonio religioso deviene la coartada que garantiza el libertinaje de la clase dominante: es un contrato, no un sacramento” (Elmore 1993: 133).

En efecto, una vez que se hace pública la relación que mantuvo con Carlos Astorga, Teddy no podrá mantenerse más en la esfera de la masculinidad hegemónica, debido a que ha sido descubierto, no por un sujeto de su entorno que conoce de las prácticas homosexuales de sus pares (Suárez Valle, por ejemplo), pero de las que no va a hablar: lo ha descubierto Beatriz, quien se convertirá, paradójicamente, en un medio por el que se intenta volver a la masculinidad hegemónica. Si bien, en la novela, solo se manifiesta que Beatriz, antes de partir, le cuenta lo que ha descubierto a Suárez Valle, el hecho de que alguien fuera del círculo protegido por lo privado ya sepa de manera explícita de las relaciones homosexuales de los miembros de su sociedad, desestabiliza toda la dinámica de dicho círculo limeño de poder. Esta circunstancia se agrava porque lo que ha descubierto involucra a su novio y a quien siempre ha identificado como su padre: “No, una querida no hubiese importado. Qué hubiese sido borracho, ¡cualquier cosa! Pero, ¿esto? ¡No, no; esto, nunca! ¡El padre y el novio! ¡Qué horror!” (1934: 189).

Para lograr esto, será necesario que intente reposicionarse mediante las estrategias sociales mencionadas que le permitirían un retorno a lo legítimo: matrimonio y paternidad: no lo logrará.

A lo largo del texto, Teddy Crownchield va a experimentar diversas circunstancias que pondrán su estatuto de masculinidad hegemónica en crisis - incluyendo experiencias homosexuales concretas -, pero que, socialmente, no van a significar una sanción severa de exclusión, pues está salvaguardado por su condición aristocrática y fortuna. Sin embargo, al evidenciarse lo ocurrido entre él y Astorga, y, puesto que se encuentra en aquella Lima en la que “acababan de regular el servicio de agua potable” (1934: 75) - la inmersión de lo privado en lo público, como ya se había señalado -, no tendrá más opción que volver a Europa una vez que vea agotadas todas sus posibilidades de resarcirse en esa masculinidad dominante limeña.

No, Crownchield, no hay solución posible. Hay algo que subleva ante...ciertas cosas. Una de esas cosas es la que ha habido entre Astorga y usted. Yo he podido disculpar porque no le doy mayor importancia a los vicios de los hombres. Beatriz es distinta. Para ella, esto es nauseabundo. No intente recobrarla. Sería inútil, completamente inútil. [...]

- ¡Mañana me largo! ¡Esta tierra es infecta! ¡No vuelvo más! ¡No quiero saber más! ¡Voy a vivir! ¡Cómo me dé la gana!
- Es lo mejor, querido. Márchese y olvide esto (1934: 193).

A raíz de todo esto, Teddy, como sujeto abyecto, desestabilizador, feminizado y expulsado de la masculinidad hegemónica, es, en cierto modo, desterrado de una sociedad que lo ha condenado por evidenciar aquello acerca de lo que no puede hablarse. Teddy, al ponerse al descubierto, ha puesto en peligro también todo el *status quo* de toda una clase social, cuya estabilidad descansa sobre los

sujetos descritos en esta novela y, justamente por ello, debe ser eliminado. Es así como el protagonista deja de ser aquel hombre moderno que ha vivido numerosas experiencias de todo tipo en Oxford para convertirse, tal como la afirma Rigoletto en un marica menos en Lima:

Los dos amigos se retiraban. Carlos bostezó:

- Y a ti, ¿qué te ha parecido todo esto?

- ¿A mí?

- Sí, a ti.

Rigoletto dejó caer la mandíbula temblona de cocaína. Luego brutal:

- ¡Un marica menos en la ciudad! (1934: 197).

4. CONCLUSIONES:

Los desplazamientos de las masculinidades presentan varios matices y pasan por diversos procesos en la diégesis de *Duque* de José Diez Canseco (1934). Como se ha analizado, no existe una sola subjetividad masculina que sea el modelo a seguir por todos los hombres y que sea el único que se contrapone a lo femenino y se legitima como factor de subordinación de las mujeres. No es un elemento fijo en la medida que no tiene un fundamento ligado a lo biológico, sino que es un constructo cultural. En ese sentido, se deben asumir la masculinidad como un capital que se inserta en cuerpos determinados y que es producto de relaciones de poder.

Connell, en su investigación, resalta el carácter cambiante, multiforme y diverso de las masculinidades. En efecto, no hay una sola, sino muchas de ellas que se encuentran en el campo enfrentadas en una pugna por el poder. Estas buscan posicionarse en el ámbito de lo hegemónico (masculinidad hegemónica). A partir de ella es que se darán los diferentes procesos de formación de las subjetividades masculinas.

Entonces distintas masculinidades siempre están confrontadas y, quizá, lo único que las articulará es su oposición a lo femenino y homosexual, lo cual supone la inferioridad, y justifica la dominación de las mujeres y la preponderancia del vínculo heterosexual.

Fuera de ello, estas masculinidades tienen matices que responden a razones históricas, contextuales, entre otras: “en consecuencia, la masculinidad, como la feminidad, siempre está sujeta a contradicciones internas y rupturas históricas” (Connell 1995: 112).

Es importante señalar, en este punto, que el componente histórico de las masculinidades implica, a su vez, un elemento cultural, por lo que la posibilidad de reconfiguración, reposicionamiento, transformación y movilización de estas se hace más latente y posible. Por ello, se desprende la idea de que no existe una sola forma de ser hombre, sino que, dependiendo de los factores mencionados, existirán diversas maneras de serlo, unas más legítimas que otras.ñ

Por lo anterior, la incidencia de la masculinidad hegemónica en *Duque* es importante y se convierte en elemento fundamental de la diégesis. Como se ha observado, la primera contraposición de masculinidades presente en la novela se produce en relación con lo femenino. Teddy Crownchild, el protagonista, pasa por un proceso de feminización que, finalmente, lo obligará a alejarse de Lima. En efecto, el cuerpo, los gustos y hábitos de Teddy generan que los demás personajes, hombres de la alta burguesía limeña, lo identifiquen como un sujeto feminizado. En ese sentido, sería necesario señalar que, justamente, lo femenino se configura como una frontera de lo masculino, es decir, para construirse como hombre, lo que se debe es rechazar lo que se asume en el ámbito de la feminidad. Además, esta expulsión se hace urgente, ya que Teddy, al evidenciar en el ámbito de lo público esta dinámica nocturna y oculta, se convierte en un miembro inaceptable e insostenible de su sociedad.

Desde ahí, el camino hacia la experiencia homosexual no será tan corto. Una vez asumido el protagonista como un sujeto alejado de lo que un hombre debería ser, se convierte en blanco de expectativas sexuales de los hombres de su sociedad. Recordemos que estos personajes aceptan de manera velada las aventuras con muchachos, pero aseguran que un hombre debe desear y gozar con lo delicado y femenino; por lo tanto, solo se identifica lo homosexual en relación con lo femenino.

Entonces, como se mencionó, será más homosexual aquello que se aproxime más a la feminidad: por lo mismo, Teddy fue convencido por Astorga para mantener una relación. Como puede evidenciarse a lo largo de la novela, las declaraciones entre amigos del gusto por los jóvenes no extraña a nadie y, mucho menos, es objeto de censura en tanto que el discurso de estos personajes se sigue oponiendo a lo femenino.

Al respecto, fue muy útil recurrir a la idea según la cual, si existen masculinidades hegemónicas y subordinadas, también existirán identidades gay que se enfrentan en la misma dicotomía. Como se manifestó, entonces, se puede hablar de formas de ser gay más legítimas que otras: una identidad homosexual será más subordinada y repudiada mientras más cercana se encuentre de la feminidad.

Teddy Crownchild se posiciona como un sujeto desestabilizante en la medida que rompe la separación entre lo público y lo privado. Dicha separación protegía la permanencia de los personajes de la novela en la esfera de la masculinidad hegemónica. Sin embargo, Teddy, al volcar a lo público un aspecto de lo privado cuando se descubre la relación que mantuvo con Astorga, ha puesto en peligro el estatus que se rige, entre otros principios, por la obligatoriedad de la

heterosexualidad. Connell, sobre lo último, menciona que el fundamento de la vida en sociedad es el binomio hombre – mujer.

Feminizado e inmerso (y descubierto) en una relación con el padre de Beatriz, Teddy busca resarcirse a través de estrategias como el matrimonio y la paternidad (nuevamente, la heterosexualidad obligatoria). Sin embargo, la censura y el peligro que él representa lo ubican en lo abyecto: en aquello que debe repudiarse, puesto que es aquello que no se quiere ser y que, no obstante, siempre es parte constitutiva de uno mismo. En consecuencia de todo lo mencionado y analizado, Teddy no tiene otra salida que abandonar la Lima que lo condena para volver a Europa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ANGVIK, Birger

1992 “Del significante textual al referente “real”: la crítica en Lima frente a Duque de Diez-Canseco”. *AIH. Actas XI*. Universidad de Bergen, Bergen, pp. 1-10. Consulta: 13 de enero de 2019. https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/11/aih_11_4_041.pdf

BOURDIEU, Pierre.

1998 *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama. Consulta: 11 de octubre de 2018. <https://www.ocac.cl/wp-content/uploads/2015/01/Pierre-Bourdeu-La-dominaci%C3%B3n-masculina.pdf>

BERNABÉ, Mónica

2006 *Vidas de artista. Bohemia y dandismo en Mariátegui, Valdelomar y Eguren (Lima, 1911 – 1922)*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos

BUTLER, Judith

1999 *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Tercera edición. Barcelona: Paidós.

2002 *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós

CASTAÑEDA, Esther

1975 *Duque: representación e ideología*. Tesis para obtener el grado de Bachiller. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Letras y Ciencias Humanas

CASTRO, Mario

1970 *La novela peruana y la evolución social*. Lima: J. Godard

CONNELL, R. W

1995 *Masculinidades*. México: Universidad Autónoma de México. Consulta: 28 de setiembre de 2018.

Connell-%20Masculinidades%20.pdf

DE BEAUVOIR, Simone

1949 *El segundo sexo*. Quinta edición. Buenos Aires: Debolsillo

DEL CASTILLO, Daniel

2001 “Los fantasmas de la masculinidad”. En LÓPEZ, Santiago, Gonzalo PORTOCARRERO, Rocío SILVA SANTISTEBAN y Víctor VICH (editores). *Estudios Culturales. Discursos, poderes, pulsiones*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú

DIEZ - CANSECO, José

1934 *Duque*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú

ELMORE, Peter

1993 “La casa de cartón y Duque: más allá de la aldea”. *Los muros invisibles. Lima y la modernidad en la novela del siglo XX*. Segunda edición. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 85 – 141.

ESCAJADILLO, Tomás

1973 Prólogo a *Duque*. Segunda edición. Lima: Ediciones Peisa

ESCAJADILLO, Tomás

1997 *Cuatro estudios sobre José Diez-Canseco*. Lima: Editorial Mantaro

ESCAJADILLO, Tomás

1986 “Diez Canseco: un precursor no reconocido”. En ESCAJADILLO, Tomás, Abelardo

SÁNCHEZ LEÓN y Luis Fernando VIDAL (editores). *Presencia de Lima en la Literatura*. Lima: DESCO, pp. 22-43.

FOUCAULT, Michel

1984 *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores

FREUD, Sigmund

1918 “Historia de una neurosis infantil” (Caso del “Hombre de los lobos”). Consulta: 23 de setiembre de 2018.

<https://www.uv.es/=cholz/FreudLobos.pdf>

FULLER, Norma

1997 *Identidades masculinas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú

2001a *Masculinidades: cambios y permanencias*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú

2001b *No uno sino muchos rostros: Identidad masculina en el Perú urbano*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú

2018 *Difícil ser hombre. Nuevas masculinidades latinoamericanas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú

KIMMEL, Michael

1997 “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina”. *Masculinidad/es: poder y crisis*. Santiago: FLACSO

LÉVI – STRAUSS, Claude

1949 *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona: Paidós. Consulta: 29 de abril de 2019.

<http://www.heortiz.net/cpm/levi-strauss-claude-naturaleza-y-cultura-incesto-endogamia-y-exogamia.pdf>

NUÑEZ, Hernán

2011 “Tomás G. Escajadillo o el rescate de José Diez – Canseco”. *Tomás G. Escajadillo. Aportes a la crítica y a los estudios literarios*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos

PATEMAN, Carole

1988 *El contrato sexual*. Barcelona: Editorial Anthropos. Consulta: 22 de octubre de 2018.

<https://jcguanche.files.wordpress.com/2014/01/131498859-carole-pateman-el-contrato-sexual-1995.pdf>

REYES, Roberto

2011 “José Diez – Canseco, por Tomás G. Escajadillo”. *Tomás G. Escajadillo. Aportes a la crítica y a los estudios literarios*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos

RUBIN Gayle

1986 El tráfico de mujeres: Notas sobre la “economía política” del sexo. *Revista Nueva Antropología*. México: Universidad Autónoma de México, México, pp. 95 – 145. Consulta: 11 de octubre de 2018.

<http://www.caladona.org/grups/uploads/2007/05/El%20trafico%20de%20mujeres2.pdf>

SÁNCHEZ, Luis Alberto

1934 Prólogo a *Duque*. Santiago de Chile: Editorial Ercilla

VELÁSQUEZ, Marcel

2002 “Nuevos sujetos y escenarios de la novela en los 90”. *Ajos y zafiros*. Lima, número 2, pp. 43 – 58. Consulta: 22 de abril de 2018.

<https://es.scribd.com/document/166210655/VELAZQUEZ-CASTRO-Nuevos-escenarios-y->

[sujetos-de-la-novela-peruana-en-los-90](#)

VIDAL, Luis Fernando

1986 *Presencia de Lima en la literatura*. Lima: DESCO